

EL TURISMO, TEMA HISTORICO (*)

Por
Luis Lavaur

La serie de cuestiones preliminares que complican la fragua de cualquier clase de Historia se incrementan sobremanera si el intento apunta a inaugurar una nueva rama dentro de la disciplina y mucho más si basada en un tema, el turismo, históricamente intacto. El valiente que a pecho descubierto aborde la empresa de historiarlo, en el acto experimentará una sensación totalmente insólita de transitar por rutas históricas más trilladas. No le extrañe sienta algo así como si penetrara por *non trita auctoribus via* (por caminos no pisados por autores), que dijo Plinio el Viejo, en plan de precursor, al describir el territorio abarcado en su «Historia Natural», pues por senderos inéditos discurrirá su tarea.

Un acopio selectivo.

La absoluta falta de precedentes con que tropezará en su primer paso pronostica de ingente la labor inicial que por archivos y bibliotecas le será preciso realizar para recopilar materiales constructivos y varias páginas del ensayo que precedió al presente, subrayaron la complejidad de la tarea, al hablar del alumbramiento de fuentes utilizables en la empresa.

Sírvale de consuelo que su problema no será de cantidad. De advertencia que por la misma razón que Giralaldas y Vaticanos no se dejan construir con adobes y quebradizos ladrillos, ni con mármoles las Meninas, tampoco con cañizo y materiales de derribo es posible erigir nada que históricamente merezca la pena. La ubérrima cosecha de datos que obtendrá, no les hace aptos a todos para ser empleados. Esencial, por tanto, procesar cualitativamente miríadas de hechos, para reducirlos a otros más simples. Tal es el sentido de la advertencia que un autor avezado a esenciar formula:

(*) El presente ensayo desarrolla, con signo positivo, los postulados expuestos en el estudio «Hacia una Historia del Turismo», publicado en el número 44 de la «Revista de Estudios Turísticos», correspondiente el cuarto trimestre de 1974.

«Toda historia implica síntesis, quíerese o no se quiera. Historia analítica no la hay; pues para que algo pueda analizarse, es necesario que la discriminación de sus elementos sea exhaustiva, es decir, que ninguno de ellos quede fuera. Ahora bien, los componentes reales de un contenido histórico son infinitos» (1).

Y lo infinito es inaprensible. Superado por el hipotético historiador *l'embarras du choix*, supongámoslo poseedor de los materiales idóneos para acometer la obra. A punto de colocar la primera piedra se le planteará una intrincada cuestión que habrá de resolver. Elegir el sistema más adecuado para organizar inteligiblemente la exposición de sus datos, diligencia llamada metodología, quizá con cierta vaga inexactitud, pero que dicho de modo más abstruso acaso, pero más preciso y certero, significa que deberá escoger o autodiseñarse la particular epistemología que dotará de coherencia interna y sentido al conjunto que a componer se apresta.

Un esbozo de epistemología.

La tarea de confeccionar una Historia del Turismo, por fuerza de nueva planta, grandemente se simplificaría si como en la erección del edificio utilizado como símil el problema fuera uno de ingeniería y estilo, a resolver sobre el papel, un método que después quedaría duplicado en obra. Pero no es así. A diferencia de una catedral gótica (o de una historia de los romanos o de Portugal), no le es dable a una nueva rama histórica materializarse con arreglo a patrones predefinidos.

Por partir virtualmente de cero, el historiador carecerá de puntos inmediatos de referencia que orienten su rumbo, y como un nauta Lusitana cantado por Camoens, navegará a solas *por mares nunca d'antes navegados*. Por tanto, su novel historia, deberá elaborar *tabula rasa*, y sobre la marcha su propio patrón, a sabiendas de que lo que edificado no pasará en última instancia de ser otra cosa que un edículo provisional, predestinado a ser rehecho, reordenado, remodelado, y, sobre todo, ampliado por otros operarios. Bueno será no olvide en el momento de comenzar, que el contenido de su obra habrá de asemejarse no poco al estado inicial de desarrollo de un organismo biológico, o acaso mejor, al núcleo germinal de una ciudad, que a otros competará

(1) EUGENIO D'ORS: Glosa *Historia y Catolicismo* (1945)

hacerla pasar por las fases de aldea, villa, cabeza de partido, y que manos ajenas la elevarán al rango de metrópoli o disciplina autónoma.

Para la planificación de su tarea, claro que la moderna historiografía le ofrece vario muestrario de procedimientos para iniciar su labor. De poco le servirán. Pese a las centurias que lleva la humanidad escribiendo historias, los historiadores profesionales no presentan síntoma alguno de disponerse a cesar de polemizar acerca de la manera en que deben de ser escritas. Los hay que exigen se inyecte más psicología en la disciplina, optan otros por más sociología, algunos propugnan énfasis mayor en el individual albedrío, contradichos por los que favorecen la acción de fuerzas esotéricas e impersonales, sin que, como es natural, falten quienes demandan economía a caño roto, siendo notoria la reciente intervención en la *melée* del psicoanálisis colectivo y el estructuralismo.

Encontrará lógico que en vista de la controversia predomine la tendencia a eludir los grandes enmarques panorámicos y se propenda a elaborar monografías enfrascadas en profundizar temas específicos. Tema, el turístico, históricamente indemne y marginado, no puede quien primero lo historie permitirse el cómodo lujo de la monografía, y si aspiran a enseñar algo sustancial las primeras promociones de historias del turismo, deberán ser exhaustivas en cuanto a su envergadura temporal. Imperativo les será inicialmente escoger el encuadre general y de su futura madurez dependerá la facultad en encapsular los hechos en doctrinas, sustancia de la historia de alto nivel.

Pero sin tratar de quemar etapas. Por reducirse su tarea, en última instancia a un tanteo preliminar, útil al historiador que ingresa *in terra incognita* rehuir esquematismos con la misma energía que Schopenhauer, acérrimo enemigo de la construcción hegeliana. El tétrico ideólogo arremetió contra ella afirmando que historia es conocimiento y no ciencia, puesto que versa sobre lo casual, mutable y perecedero. Dijo más; declaró que los que se obstinan en interpretar los hechos históricos, se parecen a quienes creen ver animales y formas humanas en las nubes; menos arriesgado que transformar masas humanas en movimiento en nubes ideológicamente vaporosas.

Morfología.

En su concreción material toda Historia es resultante primordial de dos factores interrelacionados; de la clase de material empleado en su

construcción y del destino final que se pretenda dar a lo que se construye.

Inútil tratar de eludir las leyes que a toda forma de pensar imponen reflejarse en su expresión escrita. El estilo de arquitectura que adopte el conjunto casi lo estatuye de por sí el criterio que presidió la selección de materiales constructivos. Lo que significa que la sustancia interna de una Historia del Turismo indefectiblemente traslucirá un contenido doctrinal, o sea, el concepto dominante o global que su redactor albergue sobre el turismo en sí.

En materia de doctrinas hay bastante donde elegir. Como núcleo aglutinador del sistema cabe escoger entre cualquiera de las definiciones en curso del fenómeno, agrupables en sociológicas, culturales (basadas en el discutible principio de lo mucho que el turismo dilata el horizonte mental de sus practicantes), y, por último, las económicas, o tal vez mejor, las económetricas.

No es preciso renunciar a las facilidades de maniobra que proporciona el eclecticismo. Con referencia al pasado más pasado del turismo pudiera ser ventajoso otorgar primacía a los condicionamientos que al viajero impuso una naturaleza arisca y sin domesticar, para más adelante transferir el acento a los factores socio-culturales, y al llegar a tiempos modernos, trasladar el énfasis a los considerandos económicos y a los impactos de la tecnología en el viaje.

No se prejuzga demasiado al anticipar las líneas maestras resultantes de una dinámica histórica así concebida. Quedará descartada la forma rectilínea ascensional, de poco a más, y de bueno a mejor, válida para tantas otras disciplinas menos vinculadas a lo mutable. Emergerá por sí solo como principio cardinal que en el pasado el turismo se desarrolló intermitentemente y en precario, en lucha constante contra los elementos. En pugna permanente para superar los obstáculos que frenaron su normal progresión, bélicos de modo destacado, y la pluma redactora de la crónica de sus vicisitudes vendrá a ser como la aguja de un sismógrafo sensible a los bruscos vaivenes de la historia política.

Por tanto, la exposición de las manifestaciones turísticas a través de los tiempos forzosamente adoptará la forma sincopada de un sistema ondulante y reticular, compuesto de acelerones y frenazos, de avances y retrocesos, un esquema, en consecuencia, descalificado para apuntalar la teoría lineal del progreso humano, pero apto para ilus-

trar la naturaleza cíclica del proceso histórico, que en oposición a la tesis optimista de perpetuo progreso, desarrolla Toynbee en los trece macizos tomos del *Estudio de la Historia*.

En cuanto al estilo del texto, sin lugar a dudas el narrativo, pues de todos los posibles, siempre ha sido y será el que entiende la vida colectiva como novela o narración, el más idóneo para cautivar la mente y el corazón humanos.

La catalogación ordenada de testimonios y datos a que se reduce la mecánica del historiar, exige someter la ordenación del material a las normas encerradas en el concepto de período, vocablo éste, *períodos* que casualmente en griego tiene idéntico significado que el término *tour*.

Periodización.

El cumplimiento de la obligación de compartamentar en los casilleros de unas fechas tope, las etapas sucesivas en que se segmenta un acontecer histórico de gran amplitud temporal, entraña la puesta en práctica de un artificio, como todos, arbitrario por definición, arbitrariedad propensa a acrecentarse al practicarse sobre un hecho social continuo y sin fisuras, como es el turismo, cuya acción, con altibajos de intensidad variable, es una constante en la urdimbre de la civilización occidental.

Algunos tratadistas han venido aludiendo el problema de su periodización, o de su periodificación, como obediente a escrúpulos de purismo léxico prefiere el historiógrafo uruguayo Carlos M. Rama, sorteándolo al quiebro por medio de vagas calificaciones divorciadas de precisiones calendarias. Sin comprometerse con fecha alguna, un célebre literato divide el proceso histórico del turismo en tres fases que llama períodos; un período artesanal, un período mecánico y el período administrativo, en el que plenamente instalado sitúa al fenómeno en el momento en que lo periodiza. Poco más adelante dicotomiza su periodización en función del signo social del turismo, aduciendo, a guisa de explicación, que «hubo al principio un turismo de *Ancien Régime*, artesanal, aristocrático y personal, en contraposición al nuevo turismo; organizado, casi mecanizado, colectivo y democrático sobre todo» (2).

(2) ANDRÉ SIEGFRED: *L'Age du Tourisme* (París, 1955)

Por su parte, uno de los muchos que equipara al turismo con el *séjour* y con la *villegiature*, o sea, el viajar para estarse quieto, admite una prehistoria hasta Montaigne, sin que adquiera desarrollo hasta principios del XIX. Sintetiza el proceso desde el turismo *rare* hasta el turismo *de masse*, ligados por una dilatada etapa que denomina *tourisme aristocratique* (3).

Preferible con mucho esta manera de soslayar la cuestión a la de rotular como prehistoria cuanto aconteció por el mundo turístico antes de la Agencia Cook, o como «turismo feudal», según el epíteto lanzado por el economista austríaco Dr. Paul Bernecker, que entre tratadistas españoles parece haber encontrado singular aceptación.

Los enfoques expuestos, aunque clasistas y rudimentarios, no dejan de ser dentro de su extremo derrotismo una manera de periodizar, y hasta exculpables si sirven para disimular una ignorancia o suplir una desatención. Pero inválidos para sepultar bajo dos calificativos peyorativos, al margen del calendario, infinidad de episodios históricos de indudable riqueza, muy por encima de la prehistoria y del feudalismo, que históricamente tienen significados muy concretos por todos conocidos.

El caso es que para mantenerse erecta toda Historia precisa instaurarse sobre fuertes unidades cronológicas que parcelándola ordenen y controlen la dispersión temporal.

Nada obsta en principio historiar el turismo cronológicamente distribuido en estadios coincidentes con la clásica periodización tripartita (Antigüedad-Edad Media-Moderna), no sin experimentar las aperturas que Spengler detecta en esta última, «incapaz de resistir más estirones, como revela lo ridículo y desesperado de la expresión Edad Contemporánea».

No es imposible que en su condición de rama histórica auxiliar, la nueva disciplina, como una recién casada, nueva casa reclame para desenvolverse con soltura mayor. Nada se opone entonces a que en consecuencia con las mutaciones morfológicas del turismo, considerado como arte de buen viajar, se presente el desfile de su contenido ajustado al paso de la procesión de los grandes estilos artísticos europeos.

Tendríamos así el turismo romano, o el grecorromano, en atención a

(3) MARC BOYER: *Le Tourisme* (París, 1972).

sus querencias territoriales más manifiestas; acaso el bizantino, en razón a la atracción viajera que Constantinopla irradió durante un profundo bache de tinieblas históricas. Podría hablarse con reciedumbre creciente de turismo románico y ojival y el renacimiento y el barroco rotularían con expresividad dos difíciles y efervescentes etapas del viaje turístico. En cambio, los severos perfiles neoclásicos enmarcarían a la perfección el elegante turismo dieciochesco del «Grand Tour» y el flamígero encuadre romántico configuraría el que le sucede. Pero a partir de la segunda mitad del XIX, la inutilidad de la fórmula impondrá un cambio de sistema derivado de las mudanzas que en su morfología sufre el turismo. En estas fases expansivas y postrimeras, los hechos viajarán mejor unidos a los avances tecnológicos registrados en materia de transporte, cuando el vapor, luego el ferrocarril y el automóvil después, y por último el avión, jalonan con tanta rotundidad los estadios postreros del pujante desarrollo del turismo.

Viene de seguido el interesante tema de la subperiodización. Exigé su práctica tener presente que como ente histórico, el turismo tiene sus particulares efemérides, muy a menudo autónomas totalmente, de los resonantes acontecimientos políticos y culturales que la historia general gusta anotar con mayúsculas en sus páginas.

Pensemos, por ejemplo, en la entrada en servicio, allá por 1821, del primer *steamboat*, por cierto francés, que posibilitizó cruzar el Canal de la Mancha con un horario fijo, o en la inauguración, en 1871, del túnel ferroviario del Mont-Cenis, recorrido por trenes que enlazaron a Roma y Florencia con el resto de la Europa occidental. Una somera reflexión revela que pese a su intrascendencia en un orden general de cosas, ambos sucesos revisten superior importancia turística que la caída de Constantinopla en manos otomanas o que el mismo descubrimiento de América, curiosamente, acontecimientos carentes de impacto en el turismo coetáneo, y en el de mucho tiempo después.

Por contra, enorme significado rezuma la Paz de Amiens, firmada en 1803 entre Napoleón e Inglaterra. Para el historiador general de la época, por más que la mire y remire, no verá en ella más que una de tantas treguas concertadas con sus adversarios por el general del siglo; un breve alto el fuego que nada resolvió. En cambio, para el historiador del turismo, la efímera Paz presenta todo el interés derivado de un continente inundado repentinamente de turistas, interés que se acrecienta cuando de modo unilateral y sin previo aviso, la ruptura de la tregua

proporcionó el inusitado espectáculo de la gigantesca redada de millares de turistas británicos que el irascible Primer Cónsul decretó en un ramalazo antiturístico sin precedente alguno.

Una ambivalencia por el estilo sucede en el famoso 98 español, para los españoles que lo vivieron, un trauma histórico y cultural de primera magnitud según dicen, pero que en nada afectó al desarrollo del incipiente turismo español, que inalterable prosiguió en medio de la *belle époque* su modesta fase ascensional, iniciada en 1883, con motivo de la instauración en los servicios ferroviarios de los «Wagon-Lits» entre París y Madrid.

Circunstancias análogas concurren en la valoración turística del año 1955, de escasa significación histórica, pero que para el turismo universal adopta la trascendencia cardinal aneja a toda gran divisoria entre dos eras, por fechar el año en cuestión el momento en que por vez primera más pasajeros trasponen el Atlántico Norte por avión que en barco. En el terreno especulativo es predecible que el tiempo decidirá si atribuiremos o no mayor relevancia turística al año 1975, cuando el mundo ingresó en la crisis petrolífera, que al de 1945, en el que ingresó en la era nuclear.

Pueden constituir importante rémora en la tarea de periodizar con propiedad algunos pseudo-acontecimientos integrantes del escueto repertorio histórico que hoy se manipula. Enfática y urgente cancelación de reserva indebida de plaza reclama el año de 1841, venteado a troche y moche como turísticamente liminar por la mayoría de los tratadistas, emperrados en involucrar las cosas potenciando el órgano a expensas de la función. La opción de la fecha señalada a tan señalado distinguo es casi nula por descansar en un minúsculo episodio en la vida provinciana inglesa. La excursión improvisada por un modesto impresor que fletó un tren entero para, a precios por debajo de la tarifa normal, transportarse y transportar a un grupo de correligionarios, desde Leicester y sus alrededores a un congreso anti-alcohólico que se celebraba en una oscura localidad de las cercanías, a quince kilómetros de distancia, pulgada más o menos.

Lo de menos es la distancia por exigua que fuese. Lo que cuenta es el horario de salida del tren. Las biografías panegíricas de la obra del organizador bien claramente establecen que Mr. Thomas Cook no inventó ninguna clase de pólvora con su excursión, y enumeran varios

ejemplos probatorios de que antes de 1841 era práctica normal en Inglaterra excursionar colectivamente por ferrocarril a precios reducidos (4).

No se trata de escatimar a la Agencia Cook de importancia en el desarrollo de un turismo en vías ya de desarrollo universal. Se trata de puntualizar algo de mayor importancia histórica. De respetar fechas cuya inexorabilidad impone extraer las actividades de Mr. Cook del período romántico, y trasladarlas a 1865 por lo menos, que es cuando la Agencia se traslada a Londres y comienza a dedicarse en serio al negocio de conducir contingentes turísticos al extranjero en suficiente cuantía para merecer ser tomados en consideración por una historia objetiva del turismo.

La ejecución de un trámite insoslayable impide dar por terminado el montaje del entramado teórico de una posible historia de este tipo. Ninguno más primordial a estas alturas que identificar y filiar el sujeto historiable destinado a llenarla de contenido.

El viaje turístico.

Problema ciertamente medular, amén de espinoso, el diferenciar en prácticas ajenas, sobre todo si distantes en el tiempo, el viaje genérico y sin adjetivar, de un tipo de viaje tan cualificado y versátil al mismo tiempo como el turístico.

Revisemos conceptos. Que siempre han viajado los humanos es hecho tan fuera de discusión como que el viajar pertenece a las formas vitales más vetustas y universales de la Humanidad. No así ni por lo más remoto que siempre y por doquier se haya practicado el turismo, que histórica y semánticamente considerado no puede ser más ni menos que un humanísimo enclave inserto en el marco general del viaje.

Ahora bien; el *that is the question* de su tratamiento histórico entraña una operación de engañosa simplicidad. En determinar el *quid* que sirva de asa para del todo del que formó parte extraer el elusivo componente hoy llamado turístico, para una vez aislado poder historiarlo por separado; un procedimiento investigador reducido a uno clasificador.

(4) JOHN PUDNEY: *The Thomas Cook story* (1955).

EDMUND SWINGLEHURST: «The story of Thomas Cook and Victorian travel (1974).

Un objetivo poco ambicioso en teoría, pero irrealizable en la práctica de modo integral. Más arduo todavía que en el presente destilar a simple vista de viajes pretéritos el tanto turístico en ellos emulsionado, por la sencilla razón inicial de que si turismo implica forzosamente viajar, no todo viaje admite el calificativo de turístico.

Intricado crucigrama en verdad cuya resolución obligaría a someter cada caso sujeto a examen a una misma pregunta clave. Como ocurre con el computador más sofisticado la eficacia de las respuestas dependería de la precisión con que el interrogante se formulara. La eterna historia de programar como es debido el cerebro humano que programará el electrónico. La cuestión, pues, se cifra en un círculo vicioso, en un complicado proceso dialéctico tendente a delimitar el ingrediente divisorio que en cada viaje sometido a escrutinio ha de señalar el punto en que comienza y termina lo que le permite o no ingresar en categorías turísticas. Una teoría, como muchas, considerablemente más fácil de enunciar que ponerla en práctica.

Sin embargo, la inexistencia de un instrumento clasificador entre el viaje a secas y el turístico no quita el que por elementales salten a la vista los distintos tratamientos que en buena técnica historiográfica reclaman dos distintos tipos de materia. Las hay en cierta abundancia las del viaje en general, aunque del grupo haya que excluir bastantes de la especie de la «Histoire générale des Voyages», en veinte volúmenes, cuya publicación comenzó en 1746 el abate Prevost, y otras como la sucinta «Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros», de Julio Verne, y otra parecida de Chateaubriand, por citar nada más que tres entre varias docenas en diversos idiomas. Por individualizar demasiado todas ellas, los viajes que pretenden historiar *in toto* los reducen al relato de las peripecias sufridas por esforzados y excepcionales viajeros. Defecto en el que bajo bandera inglesa, y navegando por mar y tierra, incurrió la vasta y admirable recopilación de Richard Haklyut «The Principal Navigations of the English Nation», iniciada su publicación en 1589, al año siguiente al vencimiento de nuestra Invencible Armada.

Por no ser los viajeros el principal sujeto de una historia del viaje propiamente dicha, el historiador habrá de operar con objetos inanimados, por mucho que se muevan impulsados por los vientos o la tracción animal. Su tarea desarrollará a través del tiempo y de la geografía las condiciones en que obedientes a la evolución tecnológica

de los medios de transporte hubo de manifestarse la materia integrante de su historia. Una perspectiva que relega al viajero al desempeño de un papel pasivo y desvaído; al de ente abstracto y atemporal, cuya personalidad cambia al compás de la mutación constante registrada en los dispositivos mecánicos a su servicio.

En cambio, en el segundo supuesto, en el de la Historia del Turismo, mientras no cambien los criterios prevalentes sobre el turismo nunca pecará de redundante repetir que no es el viaje en sí el sujeto central de dicha historia. Dentro del enmarque de determinada especie de viajes habrá de versar sobre cierta especie de viajeros, cuya tipificación no dimana de las circunstancias materiales en que el viaje se llevó a efecto, sino de algo tan impreciso como los móviles morales y actitud mental de sus protagonistas. Habrá de ser, en consecuencia, determinado tipo viajero, modernamente llamado turista, no sólo la medida de todas las cosas a referir, sino la sustancia y materia prima del relato. Criterio, dicha sea la verdad, repudiado con energía no exenta de lógica en cuarteles vecinos a los que de modo unilateral prefieren analizar la actividad turística desde perspectivas numéricas.

De la función al organismo.

De cuantas capitidisminuciones que como ente histórico ha sufrido el turismo, no la menos lesiva la perpetrada en algunas oblicuas incursiones sobre su pasado llevadas a cabo por la tecnocracia publicista de última hora. Las menos cerradas a su historicidad, o a su *Geschichlichkeit*, por si la pedantería de decirlo en alemán contribuye a debilitar recalcitrancias respecto a la sustantividad de su pasado, incurren en una patente disociación entre causa y efecto, entre sujeto y objeto, confusión acusada por un tratadista francés del ramo económico al afirmar:

«Jadis le tourisme était l'art egoïste de bien voyager. Aujourd'hui il est devenue l'industrie nationale du bien recevoir» (5).

Corta, ceñida, simétrica, como toda disyuntiva. Pero con la inanidad de todo planteamiento incorrecto por simplista. Sorprende que el redactor del lapidario «dictum» no se percate del «lapsus» que co-

(5) L. AUSCHER: *L'importance économique du tourisme*.

mete. La innecesaria confrontación entre el viajero y el turista reaparece aquí en forma de antinomia entre arte e industria, que no pudo darse en la realidad. Independientemente del tanto de egoísmo inherente al acto de viajar regalonamente y con deleite (y de la escasa filantropía que como en toda industria cabe en la del recibir) la frase contrapone en dos tiempos distintos, y sin fundamento alguno, el aspecto emisor y el receptor del turismo, olvidándose, dicho sea en sus propios términos, de que sin la persistencia del arte del bien viajar, se le priva de su razón de ser a la industria del bien recibir, dos aspectos de una misma cuestión nada antagónicos y ligados desde siempre con amistosos lazos de causalidad.

Posturas seccionistas ante la unidad del turismo tienen poco de excepcionales. Nada infrecuente rastrearlas en numerosos trabajos publicados en revistas especializadas, en los que para dotar de cierto realce erudito (que nunca estorba) a teorías y elucubraciones profusamente salpicadas de fórmulas algebraicas, destinadas a dotar de credibilidad a las hipótesis, es costumbre anteponer al estudio de turno algún relámpago elíptico de histórica pretensión, que en tono condescendiente, de pasada alude al trasfondo histórico del turismo, como algo informe y nebuloso al lado de allá de una fecha tope y terminal. Producto de la escasa originalidad que preside estas digresiones, prevalece en ellas la norma de rendir pleitesía a un tópico, datando rutinariamente la génesis del turismo prendida como por alfileres a episodio en el fondo tan anecdótico y trivial como la fundación de la Agencia de Viajes de Mr. Cook, cuando no en la instauración de los «Touring Clubs» que surgen en el último tercio del siglo XIX.

Fijar los inicios de un hecho social de gran amplitud en la inauguración de modernos organismos, minúsculos y minoritarios en origen, denota cierta tendencia a interpretar los hechos con óptica burocrática y desatender los imperativos inexorables de una especie de ley natural que asigna a las funciones la facultad de generar los órganos y no al revés; una ley que no hace excepción con el turismo, que tuvo que ingresar en fases muy avanzadas de su proceso de mercantilización, para demandar los organismos privativos que le regularan, institucionalizaran o administrativizaran, como ahora se dice.

Por lo tanto, los trabajos que merodean históricamente en torno al tema, haciendo hincapié en aspectos que le son adjetivos, como lo son cuantos dispositivos burocráticos nacieron a su estela, son in-

vestigaciones que a lo sumo podrían ser calificadas como aportaciones más o menos redundantes a la historia de los organismos turísticos, pero sin librarse de la tara de haber vuelto la espalda al turismo para escudriñar en su sombra.

El aplicado tecnócrata que de modo marginal se enfrasque en tareas históricas de cierta envergadura, jamás deberá olvidar que énfasis excesivo en viejas colecciones legislativas, o en las fechas de montaje de organismos oficiales o privados más o menos relacionados con el turismo, como técnica, equivaldrá a la de quien pretenda estudiar la vida y costumbre de los mamíferos ante las vitrinas de fósiles de un Museo de Historia Natural.

El protagonista de la Historia del Turismo.

Tema éste controvertido también, aunque raramente venteadado. En su por tantos conceptos meritoria enciclopedia turística, el profesor Fernández Fúster denuncia en tono inequívocamente reprobatorio: «Se parte del concepto de que una Historia del Turismo debe ser una historia de los turistas», mientras que Gilbert Sigaux inicia su pequeña «Historie» con la declaración siguiente: «car le tourisme ce sont d'abord des touristes».

Confrontados nos las habemos con dos criterios además de contrapuestos diríase que irreconciliables. Excluida en ambos casos por impensable la biografía al por mayor, diríase también que en la ocasión, histórica al fin y al cabo, mucho más se aproxima al meollo del asunto el historiador en ciernes que el exhaustivo tratadista. A nada que se reflexione ha de llegarse a la conclusión, de que en rigor, y como de peces el pez, de turistas habrá de nutrirse en última instancia y para no morir de inanidad toda historia del turismo, como sobre españoles y alemanes habrá de versar en definitiva una historia de España o Alemania. La del turismo de ningún modo podrá centralizar su temática de forma efectiva en organismos, legislación, ni siquiera en dispositivos materiales del viaje forzosamente pasivos por mucho que se muevan por tierra y mar. Históricamente no dejan de ser deshumanizadas tramoyas y bambalinas por entre las que, vivificándolas con su paso, fluyó la humanísima actividad del turista.

Lo que en modo alguno significa pueda salirse airoso del trance componiéndola a base del sistema opuesto. Esto es, enhebrando

el hilo de unas fechas que se suceden los desplazamientos de ilustres viajeros, provistos de nombres y apellidos altamente cotizados en la bolsa de valores de la literatura, procedimiento muy socorrido que entre otros M. Sigaux adopta en su «Histoire». No debe una historia del turismo asentarse sobre los ires y venires de personajes epónimos y notorios ni ser su materia prima un relato cronológicamente ordenado de algunos viajes individuales. En última instancia, habrá de ser el ente anónimo y epiceno, a veces un tanto ambiguo, pero siempre epicúreo, goloso del ver y muy de carne y hueso, el sujeto agente y paciente de toda historia del tipo propuesto; el ser que con cierta insuperable vaguedad, pero inteligiblemente, llamamos hoy retroactivamente turista.

Medítese hasta qué peligros extremos se dilataría el recto significado del término turismo, si al historiar su práctica a lo largo de los tiempos, pues de eso se trata, se prescindiera del hecho cardinal de que «sensu strictu» el turismo no fue ni pudo ser otra cosa que la actividad propia del turista, hasta el punto de ser justamente y nada menos que el acto que le distingue del resto de los tipos viajeros (6).

Por preferir no entenderlo así curiosa por inestable la postura en la que se coloca un experto español ya aludido, que en 1973 atribuyó al turismo veinte años de antigüedad, sin perjuicio de admitir en la misma ocasión y líneas más abajo: «Turistas ha habido siempre; siempre ha habido personas que les ha gustado moverse y marchar a países distintos.»

So pena de referirse a las emigraciones de pueblos bárbaros o a las laborales de nuestros tiempos, la admisión equivale a prohibir la causa y recusar su obligada consecuencia. Reconoce el hecho, apodáctico por otra parte, de que siglos antes de que nadie escribiera sobre turismo hubo seres que, como el prosaico personaje de Molière, hicieron turismo aunque fuese «sans le savoir».

Aceptar en el ayer turistas en movimiento y negarle al mismo tiempo la posibilidad de existencia al turismo constituye peculiar distingo que plantea una cuestión lógica de no fácil resolución sin aniquilar el

(6) En cierto modo, y como concepto, el turismo invierte el proceso normal que en la mayoría de los «ismos» hace al «ista» adicto a un «ismo» preexistente. El turismo adviene en el mundo de las palabras como un apellido colectivo para dominar la serie de relaciones producidas por una masa turística que le antecede.

principal término de la ecuación. Dejándola como está, imposible deje de sonar en los oídos de la razón como algo parecido a asegurar que en el pasado hubo comerciantes, pero no comercio, o en el presente periodistas sin periodismo. Una patente subversión de valores en los dominios del lenguaje equiparable a proponer la tesis de que antes de la fundación de las primeras academias militares pudieron existir soldados y ejércitos; pero en cuanto a guerras... ¡ni hablar!

Respecto a la proyección territorial del turismo, si es por ahí por donde van los tiros —pues en las grandes generalizaciones no suele saberse de fijo do suelen ir— los veinte años justos y cabales de vida que dicho tratadista atribuye al turismo, quedan descabalados y desencuadrados si en tan angosto margen temporal se ensaya introducir la realidad de los hechos. Tan impropio, pongamos por caso, archivar como prehistoria cuanto sucedió en el arte tipográfico antes de que la invención consiguiera implantarse en Japón y Egipto, sucesos acaecidos ya entrado en años el XIX, como tildar de paleontología turística y hacer borrón y cuenta nueva de lo mucho que por determinadas comarcas, por pocas que fueran, ocurrió como consecuencia del paso de visitantes curiosos, muchos decenios antes de que gentes oriundas de países fríos, y afluentes al fin, dispusieran de vacaciones que les permitieron plantificarse en las playas de Almería, Túnez y las islas del Egeo, y se montaran organizaciones para lucrarse con el movimiento de corrientes viajeras de alta relevancia contable, pero en última instancia de sedentaria vocación.

Cuanto nos interesamos en pergeñar la sinuosa y fluctuante cartografía de la naturaleza del turismo deberíamos convenir en desengañarnos que quehacer mucho más viejo y dinámico que la costumbre de mudar anual y masivamente de residencia por unas pocas semanas ha sido el turismo, sin jamás de ser menester de turistas. Cuánto mejor al estudiarlo centrar el punto focal de mira en los movimientos de sus participantes, que limitarse a contabilizarlos sorprendiéndolos cuando hacían cola en los surtidores de un balneario o se hallan tumbados hoy al sol que calienta, una playa adherida a un hotel. Sin olvidarse de neutralizar el espejismo del dato puramente adjetivo y circunstancial de que hace más de veinte o cincuenta años la cuantía numérica de viajeros y bañistas distase de alcanzar magnitudes de superlativa macrocospia, que en todo hecho social marca el grado de plenitud, sin jamás anunciar su advenimiento o debut.

Coordenadas históricas.

Certificada la presencia activa de turistas en un pretérito impreciso todavía y sin determinar, el tratamiento histórico del suceso, como el de cualquier historiable acontecer, exige montarlo sobre dos pilares básicos que a modo de escritorio mantengan firme y horizontal la noble lastra del dolmen sobre el que toda historia ha de ser escrita. Estos imprescindibles sustentáculos no son otros que las intuiciones puras del tiempo y del espacio, fundamento de la estética kantiana. Categórico imperativo, pues, dicho sea en kantiano, abstenerse de entrar a fondo en el tema sin antes delimitar el ámbito geográfico y cronológico en que el turismo, como todo fenómeno —y seguimos con Kant—, hubo de manifestarse.

Pues bien; he aquí que en el primer paso hacia tierra prometida la averiguación ingresa por partida doble en terreno problemático y movedizo. Eludámoslo parcialmente por medio de un rodeo aplazando la intervención del calendario, siempre decisiva, para más adelante. Comencemos por el mundo físico, siempre más practicable, y despejado quedará el camino para más ambiciosos logros si de modo válido se configuran de antemano los no muy vastos confines del escenario que por siglos presenció las andanzas de los turistas del ayer.

Geografía histórica del turismo.

Una proyección tópica del fenómeno sobre el mapa terráqueo establece una sólida base de partida. La diligencia nos enseñará que hasta fechas no muy lejanas, hasta topar con el siglo y medio de Enzensberger a lo sumo, el turismo sólo se dio en un ámbito geográfico harto reducido. De esta manera se obtiene en el orden espacial un concepto limitativo de la actividad coincidente con una observación que Ortega y Gasset aventura al hablar precisamente de turismo: «El europeo ha sido siempre viajero, curioso de nuevos horizontes; el asiático y el africano han vivido siempre inmunizados por su estabilidad en los grandes espacios que habitan.» (7).

Ignoremos erráticas trashumancias, como las del beduino y las del gitano del ayer, que embotarían la afilada disyuntiva orteguiana. Apro-

(7) J. ORTEGA Y GASSET: «Algunos aspectos del Welteverkehr». (Obras completas, tomo IV.)

vechemos, en cambio, la oportunidad que nos brinda el que nadie dude hoy que la sociología se cultivara en el medievo, para confrontarla con el criterio de un sociólogo tunecino del XIV, a cuyo ver la cultura únicamente florece en sociedades estáticas.

Vistas como es debido, nada más que aparente la contradicción entre el metafísico madrileño y el sociólogo bereber. Hablan lenguaje diferente porque miran en dirección distinta. Ortega alude a efectos y Abenjaldún diagnostica causas. El punto de vista del tunecino, paradójicamente si se quiere, induce a pensar que sedentarias por estables son las civilizaciones, o estratos sociales, donde una manifestación eminentemente dinámica como el turismo puro de preferencia se engendra, para cristalizar en puntos distantes a su matriz.

Ahora bien; otorgar validez al presupuesto impone extenderla a su obligado corolario. A reconocer lo que sobre el pasado del turismo proclaman textos coetáneos. El apreciable vigor y visibilidad con que sus raíces primigenias se insertan en el encuadre geográfico de la civilización romana, no en vano la primera del mundo antiguo —como reconoce Abenjaldún— que supo compensar su estabilidad política y social con un acuciante deseo por conocer y sumergirse en culturas aledañas y circunvecinas, rasgo aún sobresaliente en las expresiones más puras de la cultura occidental.

Un desarrollo ulterior de la investigación no podrá menos que apuntalar con creciente firmeza este deslinde espacial y robustecer la hipótesis —de momento no puede ser más— de que tanto el escenario del turismo como el lar natal de sus actores, a escala universal se redujo por siglos a un espacio relativamente abreviado; al «hinterland» político y cultural de la «Pax Romana». Más todavía. Que a contar del derrumbe y disolución de aquel imperio, y hasta fechas jóvenes como aquel que dice, al pobre turismo le tuvo que bastar, y hasta sobrar, con el espacio que le dejaron para subsistir: una parcela no muy amplia del continente europeo.

El hecho de no despertar reciprocidad alguna las respetables manifestaciones turísticas que al margen de lo numérico registró la cuenca del Mediterráneo oriental; es decir, y de nuevo, por Grecia, Egipto y Palestina, lejos del alterar el encuadre geográfico del turismo del pasado, lo que esta falta de repercusión hizo es subrayar aún más si cupo la estirpe occidental de los perfiles adoptados por el turismo durante la mayoría de los siglos que cuenta de vida.

Pasividad turística extra-europea.

Distan de ser leves las objeciones que se afrontan al postular el advenimiento y desarrollo del turismo como rasgo típico de una sola civilización (8). Erigir como principio central un eurocentrismo a ultranza le procura la vulnerabilidad inherente a toda postura excluyente. Queda expuesta a que los excluidos la interpreten como un ademán narcisista, expresivo acaso de un neocolonialismo cultural, enconado con la jactancia de prejuzgar nulos los frutos obtenibles de detectar huecos del fenómeno en el solar de otras grandes y respetables civilizaciones.

Examinemos por si acaso y en fugaz ojeo lo que se divisa extramuros de esta arriesgada exclusividad. Partiendo de la nada en que sobre el particular nos hallamos, pudiera ser prematuro pronosticar lo que daría de si una investigación de lo sucedido en materia turística en el pasado de la India y de la China, aunque no dejará de inspirar cierto desaliento al que la empresa escuchar a los expertos que afirman que, salvo la minoría gobernante, la población china escolar ni se enteró del descubrimiento de América hasta finales del XIX.

Acerca de lo que dejó de pasar por Oriente podría orientarnos en el orden especulativo de modo provisional el interrogante que se formula un analista del tema al detectar en el *milieu* cultural europeo *un petit chose* que no logra descubrir en otras áreas culturales:

«¿A qué se debe —se pregunta con razón— que el viaje que en el siglo XIII hizo famoso a Marco Polo fuera realizado por un europeo veneciano, y no, y en sentido inverso, por un chino de Cantón?» (9).

La misma pregunta, por cierto, que con pomposa longitud se plantea D'ORS, al exaltar el ardor caminante del rabino navarro, Benjamín de Tudela, excesivamente calificado por el glosador como «el gran Benjamín, turista del XII, eslabón de oro en la gran cadena desde Herodoto a Paul Morand»:

«¿Qué ley singular de la historia es ésta —se interpela don Euge-

(8) La exclusividad europea no sería única ni la más tajante. Quedaría muy por debajo de la del historiador FERNAND BRAUDEL, quien tras examinar el pasado de Europa desde perspectivas mobiliarias, lo caracteriza sin oposición audible como «el continente en el que la gente se sienta» («un continent où l'on s'assied»).

(9) HENRI DE SAINT-BLANQUET: *La vie des hommes* (Hachette, 1972).

nio— que ha querido que, si el derrame del Oriente sobre el Occidente se produce siempre bajo la forma de oscuras emigraciones, la respuesta del Occidente yendo al Oriente haya preferido el instrumento de los claros viajes y de los lúcidos viajeros? A la invasión de masas emigrantes se contesta con el destacamento de grupos de turistas» (10).

Si la dirección del rastreo se vuelve desde Levante a Poniente el vacío turístico no se desvanece, y a tenor de los informes de Colón, y de sus numerosos seguidores portugueses, ingleses, holandeses y franceses, no parece injusto ni egocéntrico negarle vela en el entierro a todo el continente americano, por lo menos, hasta la llegada del XIX con sus *clippers*, veleros y trasatlánticos, precursores de los vapores.

Del examen selectivo supervive como único candidato el mundo semítico. Elocuente al respecto el silencio de los pertinaces rastreadores de huellas turísticas por textos ilustres del pasado, al escrutar en uno de los alientos semíticos tan densos como el Antiguo Testamento, y no encontrar en sus páginas nada que premiara sus eruditas prospecciones. Ni siquiera en el «Exodo», alguna vez retóricamente involucrado en el lance acaso porque en griego su título significa literalmente echarse al camino, pero que de nada sirve por versar sobre los años que el pueblo escogido empleó para desplazarse desde Egipto a Palestina, en una emigración masiva sin amenidad ninguna ni voluntad de retorno. No contrapesa la nulidad turística del episodio la anecdótica minusculidad de la curiosa visita de la reina de Saba al omnisciente Salomón, tema exaltado por las escuelas pictóricas del barroco con gula parecida a la de los cinceles que en tímpanos y altares catedralicios polarizaron la nostálgica viajera medieval en el viaje a Belén de los tres Reyes Magos de Oriente.

Respecto a los hechos obliga a dejar bien sentado que la desincorporación del mundo semítico del pasado al del turismo no obedece a falta de ganas por parte occidental. Todavía en 1961 una autoridad belga en la materia, seriamente y sin pestañear, proponía en una revista especializada de prestigio, un posible origen hebreo al radical *tour*, con base, según afirmaba M. Haulot, que el verbo *tur* actuó en el hebreo clásico para significar algo así como viaje de descubierta o de exploración.

Aplicada al turismo, la tesis recuerda a las que tanta simpatía des-

(10) EUGENIO D'ORS: *¿Quién escribe la Historia?* (Nuevo Glosario, 1929).

pertaron en los pseudo-geógrafos del barroco, corógrafos se llamaron aquellos señores, predispuestos siempre a vincular la fundación de las ciudades europeas a algún hijo de Noé, a nada que su toponimia se dejara emparentar de alguna manera con los nombres de Sem, Cam, Jafet, o con el de Túbal su nieto.

En fin; sea producto de malinterpretar el sutil humor israelí diluido en algún *bon mot* escuchado durante algún *cocktail party* de Congresos del ramo del viaje, o bien fruto de reflexiones sesudas o eruditas, el caso es que el especialista belga apoya su aserto en el versículo XIII-18 de los «Números», donde Moisés envía desde el desierto a doce exploradores «ad considerandam terram Chanaam»; un *consideranda* que nuestro hebraísta Cipriano de Valera traduce por «a reconocer». Son los mismos exploradores que versículos más abajo, y a los cuarenta días de su expedición, la Biblia los retrata, ya de regreso, transportando dos gigantescos racimos de uva colgados de un palo.

Lo más notable del caso es la cordial acogida que como posibilidad esclarecedora de un importante problema histórico del turismo, tan aventurada conjetura ha encontrado entre algunos especialistas españoles, entre los mismos, que por otra parte, y en el terreno de los hechos, se muestran más reacios a admitir, ni siquiera como posibilidad, la existencia de turismo en parte alguna dos minutos más allá del tiempo de sus abuelos.

Saliendo de la filología-ficción, pero no del mundo semítico, más arbitrario ha de parecer, y con razón, dar de lado y marginar en el trance a otra gran área cultural, cuyo natalicio, en el 622 de nuestra era, autofecha con insólita precisión un celeberrimo viaje. Aludimos, claro está, a la Hégira, o huida, de Mahoma, desde la ciudad en que nació, La Meca, hasta la que murió, Yahtrib, mejor conocida como Medina, o la ciudad; la del Profeta, naturalmente.

Nada más natural, hasta cierto punto, que el vacío dejado por la inhibición histórica occidental respecto al rastreo de huellas turísticas en casa propia durante el medievo haya estimulado a algunos orientalistas a suplirlo enriqueciendo con turistas a la civilización islámica del mismo período. Ni más ni menos lo que hace un excelente historiador al estudiar bajo el epígrafe «Voyages et Tourisme» la sociedad musulmana del X al XIII, y descubrir brujuleando por entre

su seno a cierto fenotipo viajero, denominado en plural «sayyahs», según el descubridor, «ce qui signifie exactement des touristes» (11).

Entre todos los imaginables reparos susceptibles de provocar una acotación excluyente del tema, puede que el más incisivo de todos ellos radique en la peregrinación islámica, más de una vez aducida para llenar un hiato viajero occidental, nada más que aparente, allá por el alto medievo.

Baremo turístico del peregrinaje medieval.

Esclarecedor al respecto cualquier parangón analítico entre actos colectivos teóricamente similares, y análogos en sus formas, como el que se realice entre la magna peregrinación islámica y las multitudinarias peregrinaciones cristianas del pasado.

Para homologar términos a comparar, comencemos potenciando el elemento occidental de la ecuación. En contraposición con el aceptable hincapié que con apoyo textual se hace en el turismo de épocas clásicas, exigua en cambio la importancia que textos modernos de solvencia otorgan al turismo del medievo, indudablemente de no mucha entidad numérica y de escasa manifestación en el orden territorial. Se aprecia que en el criterio de los autores actúa como deterrente la noción, inexacta por supuesto, de que la peregrinación devota y penitencial, químicamente pura, monopolizó de modo excluyente toda actividad viajera desinteresada y en son de paz del alto medievo. Lo hizo nominalmente y bajo membrete romero, según consta en códices y crónicas, redactados por clérigos casi sin excepción, textos que reclaman exégesis detenida y mucha lectura interlineal para destilarles la plenitud de su significado. Por eso no parece mal orientado un segmento de la investigación histórica, británica en especial, cuando documento en mano, y tras mirarlos al trasluz, con indulgente sonrisa, no cesa de descubrir la frecuencia con que camufladas bajo los pliegues generosos de la esclavina peregrina viajaron auténticas muchedumbres turísticas, en ciertos casos, y en el orden estético y moral, en la más moderna acepción del término turismo.

(11) ALY MAZAHERY: *La vie quotidienne des musulmans au Moyen Age* (Hachette, 1951).

Aturísticidad del «Hadji» muslim.

En contraste con la peregrinación cristiana, menester de mucho recoveco y gran variedad viaria, mal aguanta la peregrinación islámica calificativos turísticos por adjetivos que sean. Empieza por ser un deber, un deber religioso, la cuarta obligación del Islam, desde que una costumbre beduina inmemorial la recogió el Korán como precepto ineludible, no siempre cumplido ni mucho menos por fuerza mayor, a veces económica.

Debió además dirigirse a un punto único y exclusivo, a La Meca, enclavada en comarca árida y mal encarada, circundada por ardientes desiertos. Un destino forzoso, y el tener que marchar hacia él en lucha constante contra una naturaleza hostil, constituyen dos férreos condicionantes que a la gran peregrinación muslim despojan del ingrediente hedonístico y del ejercicio libre del albedrío que de una u otra manera le son al turismo consustanciales (12).

Pero como prueba del nusus turístico larvado en todo grupo humano en movimiento podría ser aducido que hasta en esta peregrinación religiosa por excelencia, puede sorprenderse al peregrino movido por la acción estimulante de ciertos elementos materiales de talante turístico.

Según y conforme. Por razones de obligado respeto, prescindamos del hecho de ser su motivación primordial besar reverentemente una piedra negra ovalada, la Kaaba, incrustada en el muro exterior de un templete erigido en el patio de la mezquita mayor de La Meca, dirección hacia la que a modo de señalización viaria, o de recordatorio, apuntan las «quiblas» de todas las mezquitas del mundo. En materias más propias al comentario comparativo ¿no es rasgo inherente a toda gran peregrinación la proliferación de objetos sin par que contemplar? Nada más adecuado entonces que vecina al místico meteorito apareciera la Casa de Abraham, como la de Loreto, trasportada del cielo por una escuadrilla de ángeles volantes.

Por otra parte ¿no ameniza la larga ruta de todo gran peregrinaje un rosario de insólitas cosas que ver? Ciertó; cuán oportuno entonces que en el puerto de acceso de Jidda, en la Arabia Saudita, apareciera

(12) El verse obligada la peregrina grey a desplazarse aglutinada en grupos enormes y disciplinados, como un ejército en campaña, su modo de viajar le valió verse denominado con el término persa de «karavana», sin perder el préstamo su significado original de expedición militar.

la tumba de Eva, nuestra madre común, más renombrada acaso que otras de «nuestro padre Adán» en varios otros lugares, así como las también plurales de «nuestro padre Noé», a cuyas veras se situaron restos de un Arca, siempre renovada, que los peregrinos la desguzaban al llevarse trocitos como recuerdo.

Subraya el parecido de la peregrinación islámica con las tres grandes cristianas que se diversificara en trilogía. A la visita de La Meca se unió como costumbre, no prescrita por el Korán, la visita a la tumba de Mahoma en Medina, y en Jerusalén la bellísima mezquita llamada de Omar, asentada sobre la roca que sirvió de plataforma de lanzamiento, en viaje nocturno, del Profeta a los cielos, a lomos de alado corcel con cara de mujer y cola de pavo real. Materialidades todas denotadoras de la potente acción positiva en la imaginación peregrina de *la chose á voir*, fermento básico del turismo de todos los tiempos.

Casos y cosas todos que, sin embargo, no pasan más allá de resaltar lo utópico de tratar de descubrir en el pasado la existencia de una peregrinación, devota o pagana (cuestión del ángulo desde el que a cada una se la mire) desprovista de objetos que contemplar, y, para decirlo todo, sin manufactura y venta de *souvenirs*. Pero la irrupción en el campo visual de una serie de factores circunstanciales que flotan en torno a la peregrinación musulmana, no autorizan a sostener sobre ellos la errónea conjetura de que extramuros del encuadre cultural europeo se puedan encontrar en el pasado indicios de desplazamientos colectivos impelidos por un tipo de curiosidad que por gratuita les permita ingresar en epígrafes turísticos. Una entrada que a la peregrinación islámica le obtura el bloque rígido y monolítico de su propia naturaleza.

Interesante capítulo aparte discernir si la excepcionalidad occidental radica en psique racial o en las duras materialidades físicas que construyeron su ámbito, hasta el punto en que hasta el advenimiento de vapores, trenes y automóviles, vastas parcelas de la tierra permanecieron en estado aturístico. Como hasta hace menos de dos centurias, si no por naturaleza, «per accidens» al menos, yacieron turísticamente inoperantes nudos montañosos y playas, por paisajísticos que más tarde reaparecieran los unos, y propias las otras al chapuzón marítimo y cotidiano, a la caricia tibia de un sol remiso a comparecer en el cielo de los países de origen de los bañistas.

Mientras se dilucidan tan sutiles cuestiones, en esencia marginales, a poco compromete partir como hipótesis de trabajo, que dicen los historiadores, de un hecho en teoría demostrable. De que en su pretérito el turismo se manifestó territorialmente incurso dentro del marco geográfico que a la civilización occidental sirvió de escenario y escaparate. Un criterio que situado al otro lado de la vitrina sustenta el actual director del Automóvil Club de Turquía en un análisis sociológico del turismo, donde a guisa de conclusión dice textualmente:

«El turismo es una institución occidental. Se asienta en los fundamentos racionalistas, pragmáticos y materialistas de Occidente y florece dentro de un determinado sistema de vida» (13).

Por el lugar donde es emitido, valioso argumento inductivo para que entre las numerosas acepciones que sin desintegrarse bajo tanto peso acumulado soporta el turismo como fenómeno cultural, pueda atribuírsele con carácter definitorio una función exponencial más; la de constituir, por largo tiempo, expresión típica y dinámica de la civilización europea.

Cronología turística.

He aquí, pues, la cuestión proyectada en un espacio definido y de dos dimensiones, sometida a una síntesis que permite concentrar la atención en la consecución de metas más ambiciosas.

Historiar es esencialmente fijar acontecimientos en el tiempo. Por tanto, toca ahora rematar la configuración del objeto a historiar, dotándolo de una dimensión más, capital en tareas históricas. Sobre lo espacial, y dominándolo, lo temporal, el vector maestro que complementa la coordenada. Una diligencia que en su plena acepción entraña otra acotación del tema; determinar en el tiempo la génesis de lo que se estudia. Lo que referido al turismo comporta encararse con el más contencioso y controvertido problema que hoy por hoy plantea su Historia.

En función de precedente, poco ayudarán a su resolución el que existan historias cuyo punto de arranque cronológico sea opcional entre varias alternativas, en principio legítimas todas. Hay historias de

(13) CELIK GULEROV: *The social ground of Tourism*. (Revue de l'Académie Internationale du Tourisme. (Monte-Carlo, N. 102, 1973.)

España que comienzan por el neolítico, otras a partir de los visigodos, y de prosperar el criterio de don Américo Castro, en nefanda transgresión incurriría quien osara comenzarla mucho antes de la reconquista de Toledo por los castellanos. Por otra parte, las hay de Italia, que romanamente se inician con Rómulo y Remo, y otras más formalistas que lo que se dice en serio, comienzan en «il Risorgimento». Márgenes de elasticidad aceptables al historiar acontecimientos sucedidos en entes geográficos de vigorosos perfiles, pero inválidos para elaborar una historia general del turismo, al menos mientras persista el actual estado polémico de una cuestión tan básica y fundamental como es la de sus orígenes, que es de presumir permanecerá estática y al páiro, mientras no sea zanjada de modo convincente y mayoritariamente aceptable en el campo histórico donde estas cuestiones han de ser dirimidas.

Nada contribuye a este resultado escurrir el bulto y orillar discusiones jugando a la baja la partida cronológica. Referida al turismo, poco tendrá de Historia la que no se proponga como objetivo primordial cronometrar con exactitud máxima la fecha en que la especie turística aparece ante la vista del historiador, moviéndose por vez primera sobre una parcela de tierra, salvo error u omisión, presumiblemente acabada de identificar.

La práctica de la operación lleva aneja aceptar como norma una cuantitativa en moderada cuantía. Poco deberán contar conductas viajeras insólitas o excepcionales. Conformes en que tan imposible como que en el refrán haga verano una sola golondrina, que el tránsito por una comarca de unas cuantas docenas de viajeros, errantes y aislados, les confiera derechos a quedar englobados dentro del concepto de turismo; por laxo y abstracto que sea.

Ahora bien, si por el contrario, en tiempos y lugares concretos, detectanse viajes en dosis y frecuencia suficiente para ser considerados como regulares —flujo turístico que dicen los técnicos— materializados recurriendo al uso y disfrute de cierta organización viaria y de alojamientos —la oferta turística de los expertos— aunque en más de un caso fuera gratuita y monacal, únicamente en momentos y sitios en que se registren circunstancias tales, por embrionarias y en agraz que sean, deviene, a mi juicio, permisible hablar de turismo como hecho social; historiable por consiguiente.

Con arreglo a los postulados indicados se deducirá que a mi entender tanto pecará de extemporáneo hablar de turismo con referencia

a fechas previas al Imperio Romano, como de inhibitorio prescindir de estudiarlo dentro de unos confines espaciales y temporales que permitieron al turismo vivir una larga era de patricio esplendor. La sigue otra prolongada y crepuscular que sugiere recordar que la realidad histórica, como un electrón, es una unidad orgánica compuesta de elementos de signo opuesto. El que un sujeto histórico se retrotraiga temporalmente a manifestaciones primarias, como un mamífero en su hibernación, no es contingencia que le excluya de ser historiado. No es un vacío, sino un bache a rellenar por medio de una explicación. Por lo que tuvo de habitualidad y sistematización, justificado seguir aludiendo al turismo cuando adoptando ademanes y disfraces por más de un motivo peregrinos, en el alto medievo perduró bajo formas criptoturísticas. Huelgan justificaciones para historiarlo al aflorar bajo cambiantes signos culturales durante el Renacimiento y el Barroco, conceptos occidentales si los hubo, para perfilarse, rotundo, consciente de su naturaleza y dimensión social en el Siglo de las Luces, bajo el lema de el *Grand Tour*. Sufre temporal eclipse, menos total de lo que parece, víctima de las napoleónicas secuelas de la Revolución francesa, para revivir con ímpetu inusitado en el Romántico y desarrollarse luego, incontenible y de forma que ni los más reacios a su historicidad lo discuten, por un mundo más ancho cada vez, al compás del motor de explosión y al ritmo «in crescendo» de una demografía que se incrementa en geométrica progresión.

Dos mil años de biografía, en suma, y según mi cómputo personal; demasiado tiempo a la espera de una historia privativa que otorgue al fenómeno el significado y corporeidad historiográfica que merece.

Tres escollos a sortear.

Cuán menos arduo historiar al turismo distribuido coherentemente en sus sucesivos estadios, si no fuera porque a las exigencias consustanciales a todo histórico quehacer se añade la falta de un concepto universalmente válido del turismo como acontecer historiable. La deficiencia envalentona al tema con ciertas complicaciones adicionales que dificultan no poco su manejo, y que a modo de líneas de alambradas en torno a una posición a conquistar reclaman una operación previa de limpieza que las elimine.

Tres son las principales antinomias conceptuales que cierran el paso a la progresión. A saber:

- a) Viajero y turista.
- b) Turista y turismo.
- c) Sustancia y cantidad.

Seis gallos semánticos emparejados en estéril pelea a modo de tres demonios familiares enquistados en la disciplina, generadores de no pequeña parte del confucionismo en que se halla varada. Mirados con más tolerantes ojos, tres obstáculos, también, exponentes de la extrema fluidez doctrinal propia de toda rama histórica en evidente estado de gestación, que mientras no sean neutralizados por medio de un deslinde conceptual, disminuyen la viabilidad de una Historia del Turismo.

El viajero y el turista.

Nada fácil sortear el primer obstáculo. Entraña nada menos que deshacer un círculo vicioso de irritante contumacia. Esto es: distinguir los sujetos agentes de dos modalidades viajeras insuficientemente tipificadas por las formas externas del viaje de sus practicantes.

En un epígrafe anterior se procuró realizar cierta labor preparatoria de desbroce, estableciendo algunas diferencias de tratamiento historiográfico entre los viajes a secas y los turísticos, tarea practicada de modo descriptivo, con referencia al viaje en sí. La dificultad de dirimir la cuestión en términos humanos la pone de manifiesto, que cinco definiciones oficiales del turista, elaboradas por otros tantos organismos turísticos supranacionales (y ninguna concordante con las demás) circulen entre expertos en estadística y econometría turística sin apreciables resultados.

Recuerdo que paseando un atardecer por el interior del formidable recinto amurallado de la capital de la isla de Rodas, de pronto llegué a la perogrullesca conclusión de que gran parte de los casi insurmontables impedimentos que comporta toda clasificación diferencial entre turistas y viajeros no turísticos se desvanecerían si cada uno de ellos se comportaran en sus desplazamientos como en sus cultos respectivos los habitantes de la bellísima población. Adivinábase a simple vista el credo a que pertenecía cada rodio según ingresara en templo, iglesia,

mezquita o sinagoga. Coser y cantar sería de igual manera si el criterio clasificador de los viajeros pudiera basarse en algo tan ostensible como el tipo de alojamiento y de transporte que cada especie utilizó.

Pero no puede ser. Y lo impide el que, por lo general, los dispositivos posaderiles y camineros en el pasado, y no sólo en el pasado, prestaron sus servicios a toda especie viajera sin discriminación alguna. Por tanto, la diferenciación habrá de asentarse en otra clase de módulo; en uno de carácter invisible, de perfiles fluidos y desdibujados, como por otra parte y vistos desde afuera, adoptan los resortes que determinan los actos producto de la humana volición.

Función de las motivaciones.

Como exige el conocimiento de lo que hace desplazarse a un automóvil (muy oportuno vocablo en la ocasión) para discernir lo que en cada momento impelió a ciertas parcelas humanas a ponerse en movimiento convertidas en turistas —estado transitorio en el individuo— a nada conduce malgastar tiempo examinando insistentemente la carrocería de cada componente del grupo. Para enterarse de lo que lo puso en marcha, menester será levantarle idealmente el *capot*, y bucear en el interior, pues dentro del viajero se ocultan tres cuartas partes de lo que hay que saber para con conocimiento de causa diagnosticar los estímulos, mayormente internos —o endógenos que dicen los tratadistas del ramo— que a los seres transforman temporalmente en turistas.

Es la acreditada teoría de las motivaciones turísticas, que en la práctica, y dando un rodeo por la psicología colectiva, tantas veces nos reconducen a un *impasse*, al bifrontismo viajero del turista, una ambivalencia que frecuentemente concurre en la persona del elusivo sujeto de una historia aún por escribir, quien sabe si por culpa, en gran parte, de esta dualidad.

Crítica de las motivaciones viajeras.

Materia doblemente escurridiza la de las dichas motivaciones porque viajes ha habido y habrá emprendidos obedientes a netos imperativos de ineludible obligación, pero cuya realización no impidió

al viajero amenizarlos muchas veces con amenidades itinerarias y de esparcimiento en profusión tal, que a todos efectos, históricos por supuesto, ciertos viajes obligatorios terminaron metamorfoseados en eminentemente turísticos.

Sirva de sobresaliente ejemplo el con razón memorable del rey Enrique II de Francia, y no sé cuantos de Polonia, allá en 1574, en sazón que ocupando el joven soberano el trono polaco, la muerte de su hermano Carlos, el de la Saint-Barthélemy, situó a sus sienes en imbatibles condiciones sucesorias para ceñírselas con la corona de Francia.

Si el monarca se hubiera dirigido de Cracovia a París por la vía más rápida, mal podría su viaje aspirar a la más leve concomitancia con el turismo, y con su historia por ende. Pero debido a que en el itinerario de retorno al país natal, sin prisa alguna, por capricho y sin razón conocida, como no fuera la de pasarlo bien, el augusto viajero incluyó una prolongada estancia en Venecia, que por el fausto con que se le agasajó pasó a ingresar las brillantes efemérides del turismo receptor veneciano, el episodio presenta para la historia del turismo distinto significado, y más relevante sin lugar a dudas, que el que merece para la historia general o para la Historia-Historia.

Otro tanto puede decirse de cierto viaje que nuestro viajersísimo Carlos V llevó a cabo a través de Francia en 1539, desde Toledo a Gante, pasando por Aguas-Muertas, con el declarado propósito de sofocar personalmente una rebelión en su villa natal. Con tales agasajos y amabilidades colmó Francisco I a su archienemigo y carcelero de la víspera en los *chateaux* del Loira, y en el de Fontainebleau (puntos preciosos pero un tanto ladeados de cualquier itinerario racional entre Barcelona y Gante), así como en el Louvre parisino, que la real motivación del viaje imperial se diluye ante la vista de quien retrospectivamente lo examina, sin perjuicio de que se obtengan interesantes datos para vislumbrar el potencial turístico que la turbulenta Francia del XVI reservó para el magnate que bien escoltado la visitó.

No por mucho más viajar amanece más turismo.

Por tratados históricos concomitantes al turismo transitan ciertos viajes individuales de notoria nombradía, llevados a buen fin por seres de más ordinaria prosapia que reyes y emperadores, que sirven

para discernir el distingo que diferencia al turista del viajero de pro. Reexaminemos poniendo las cosas en su punto y sazón el relevante caso de Marco Polo, tan sacado a colación —y siempre tan a destiempo— en lides donde nada se le perdió.

Jamás se comprenderá el significado verdadero de los viajes del mercader veneciano mientras se siga haciendo tabla rasa del hecho fundamental de no tener absolutamente nada que ver con el turismo. Como por su carácter inusitado y aventurero tampoco los tuvieron los de su contemporáneo, el trotamundos tangerino Ben Batuta, de inferior notoriedad, pese a que cuente a su favor el trashumar poco más o menos por los mismos lugares, sin nada que comprar ni vender, simplemente por el gusto de divagar.

Escrutadas con seriedad no pueden ser más deleznable de lo que son las credenciales turísticas de Marco Polo. Una larguísima residencia en China, en calidad de funcionario, y el tener que atravesar con riesgo de vida y salud comarcas inhóspitas, en espeluznantes peripecias, despojan a sus viajes de todo derecho al uso del distintivo. Lo mismo le sucede como autor. Atendida la clara intencionalidad didáctica de su libro —de «geografía pintoresca» lo calificó certero alguien que atentamente lo leyó—, hay que tener presente que la mayoría de las páginas que dictó a un escritor profesional, compañero de celda carcelaria, describen países y territorios, muchos de los cuales Marco Polo confiesa no haberlos visto ni en sueños. No es fácil perdonarle que en contraste con la avalancha fantástica, dudosa o irrelevante de información, con que atiborra su «Libro de las Maravillas», ni siquiera por descuido mente ni un solo metro de los miles de kilómetros de Gran Muralla, la máxima atracción turística de China desde que fue construida (14).

Quien con la ventaja de no desconectarnos con el tema, ni con Marco Polo, presenta inconfundibles vetas de turista de pura raza es un tal Augusto Assia, mucho menos conocido, como les suele suceder a los turistas de verdad. No se trata, claro está, del ilustre periodista gallego del seudónimo, sino de un veneciano de tiempos algo

(14) No está de más recordar que el «Libro de Marco Polo» no cambió la palabra inicial del título por la de «Viajes», hasta que se le ocurrió denominarla de esta manera en la edición que de la obra publicó en 1827 el erudito BALDELLI-BONI.

posteriores a los de Marco Polo, en quien tanta impresión hizo la obra de su paisano, que decidió echarse al camino, aproximándose algo al Oriente, para comprobar «de visu» algunas de las cosas referidas en «Il Millione». Pues bien, este hombre que lejos de proponerse descubrir nada nuevo, sale de su casa impulsado por la curiosidad generada por un libro famoso, éste sí que reúne los atributos esenciales para ser considerado como turista, y cumplida encarnación además de tantos otros que sin ánimo de enmendar la plana a nadie imitaron su conducta por otros parajes.

Intentaba el cotejo extraer a la superficie ciertos rasgos diferenciales, no siempre fáciles de establecer, que al viajero, diríamos profesional, distinguen del que hoy, recurriendo a un término utilizable con efectos retroactivos, llamamos turista.

Exima lo dicho de la necesidad de insistir que por interesantes que fueran los viajes de Marco Polo y Ben Batuta, y por históricos, los de Colón y Magallanes, así como los del capitán Cook, Amundsen, Alí Bey y tantos otros que arriesgaron el pellejo por lo ignoto, son viajes aturísticos por naturaleza, y como los de Ulises y Don Quijote, que también anduvieron lo suyo por el mundo de la imaginación, todos carecen de sitio en una Historia del Turismo, de no ser para complicar más todavía una cuestión, hoy por hoy, bastante embrollada de por sí y sin necesidad.

Si me viera obligado a aventurar un criterio de clasificación provisional, propondría que en contraposición con el descubridor o explorador de tierras remotas, quedara calificado como turista el viajero sin pretensiones que además de saber de antemano hacia donde va, previene en su trayectoria lo que confía en ver y disfrutar. La diferenciaría del viajero puro y sin adjetivar el tratarse de un viajante que invierte tiempo y dinero propio para sabotear el deleite de desplazarse sin necesidad ineludible de hacerlo. Un ser en cuyo divagar consta ímplicito, salvo, sano y satisfecho, el retorno al punto de partida, sin que sea menester agregar que si luego la realidad, o la mala suerte, le estropean sus optimistas designios, la amargura del inesperado estribillo no alterará al tono hedonista de la intencionalidad general del cantar.

Turista y turismo.

Traducir turistas de carne y hueso, individuos en suma, a la abstracción turismo, comporta de entrada replantear la cuestión en órdenes cuantitativos, transferirla a un esquema regido por módulos y magnitudes variables e inciertas hasta la entrada en liza de las estadísticas estatales, no menos variables e inciertas en más de un caso por culpa de la tendencia a tabular como turista a cuanto viajero traspone fronteras, domésticas o foráneas, distantes de su residencia habitual.

En cuanto al turismo, ninguna incógnita sobre su ser o no ser despeja el panturístico dictamen de un prestigioso tratadista, ya aludido, cuando sustituye las matemáticas por la óptica del buen cubero para afirmar categóricamente; «el turismo comienza cuando la presencia de turistas produce efectos *visibles* en las líneas de comunicación y medios de transporte que emplean, y en el núcleo receptor que los recibe», criterio que como para salvaguardarlo de posibles malinterpretaciones reitera en otra ocasión y lugar puntualizando; «Lo que entendemos por turismo aparece cuando las corrientes turísticas se masifican y los países receptores empiezan a turistizarse; cuando pura y simplemente empiezan a vivir por y para el turismo».

Duro condicionamiento en verdad para todo país con aspiraciones turísticas por moderadas que sean. Menos mal que el requisito es mucho menos vinculante de lo que su tono da a entender. Una vez descartada como horrenda pesadilla la imagen dantesca y sobrecogedora de países viviendo pura y simplemente por y para el turismo, arduo en extremo a mi modesto entender, probar satisfactoriamente la primacía jerárquica del vaso sobre la botella, o la de la palangana sobre la fuente y el grifo. De lo que infiero que el enciclopédico tratadista yerra sin remisión al colocar signo positivo únicamente sobre el terminal receptor, el término más pasivo del binomio turístico, equivocación agravada al situar la aparición de un hecho en su fase de plenitud, ya que históricamente lo contrario acostumbra ser lo cierto.

Si momentáneamente se prescinde de cómo podamos entender hoy el turismo, para tratar de entender cómo lo entendieron y practicaron en el pasado, lo que hablando de entenderes enuncia al mío con sus juicios sumarfísimos nuestro compatriota es una monumental petición de principio en forma de perogrullada. Tomada de modo literal su

frase constriñe su alcance a decir que el turismo moderno es un fenómeno reciente, aserción que no es probable encuentre discrepancias de nota en ninguna observancia. Del mismo modo que nadie rebatiría la afirmación de que en la antigüedad no existió turismo moderno.

Tal vez quepa una posibilidad interpretativa más volviendo los juicios del revés para reconciliarlos con la lógica. Al decretar la inexistencia del pasado de lo que hoy entendemos por turismo, quizá la frase aspire a descubrir la ausencia en el ayer de organismos y analistas dedicados a su estudio, en cuyo caso las cosas se aclararían y simplificarían considerablemente apuntando a que el equívoco radica en una imperfecta manipulación de palabras. En entender por turismo lo que sería más adecuado llamar Turismología, que a diferencia del viejo turismo es lo que entrado en años el siglo, e impulsado por los vaivenes y rendimiento de grandes masas humanas en movimiento vacacional, es lo que en efecto ha aparecido como un fenómeno moderno más, típico de las introspecciones que tratan de averiguar el sentido del fluido vivir de nuestros tiempos.

Asignarle orígenes ultramodernos a un acto tan vetusto como el turismo parece fruto de una confusión semántica fácilmente subsanable. Se sabe que la mayoría de esta clase de confusionismos nacen cuando a un mismo término se le adjudican varios significados. Quién sabe si la raíz del que enturbia la exacta denominación del término turismo estriba en ignorar cierta propiedad de los nombres que los escolásticos medievales denominaron connotación, al observar que muchos denotaban un sujeto al mismo tiempo que *connotaban* uno o varios atributos; una distinción que la semántica moderna preserva al diferenciar entre el sentido básico y el conceptual de los vocablos.

Entre otros posibles pudiera ilustrar lo expuesto la dúplice significación del vocablo medicina, tanto el arte de curar con arreglo a principios científicos, como el fármaco o específico que se adquiere en boticas, para utilizarlo en las curas. De las dos acepciones se identifica por sí sola la única que por su signo dinámico es susceptible de servir de sujeto para una Historia de la Medicina.

Celebremos como se merece el hecho de que en el caso del turismo el equívoco de tomar la hojarasca de una connotación, o acepción, por el rábano jugoso de la definición básica y esencial pueda exorcisarse, como un mal pensamiento, con la sola ayuda del Diccionario Oficial de nuestra lengua. Si lo abrimos por la página 345 (ed. 1970), leere-

mos acerca de connotar: «se dice de las palabras que significan dos ideas, una accesoria y otra principal». Si pertrechados con la advertencia trasladamos la consulta a la página 1.308 del mismo volumen, sede de la papeleta **TURISMO** (del inglés «tourist»), encontraremos que dos acepciones precisa el Diccionario para establecer cierta indispensable distinción entre:

- a) Afición a viajar por gusto de recorrer un país (que es la principal) y
- b) Organización de los medios conducentes a facilitar estos viajes.

Lástima que en la ocasión la realidad no sea tan sencilla como para el Diccionario de nuestra Academia. Si lo fuera, bastaría una definición dúplice, y a todas luces imperfecta, para con un poco de buena voluntad zanjar la cuestión con la rotunda equidad de un juicio salomónico.

Podría aclararse la cosa de esta manera. Con arreglo a la segunda acepción, el tratadista especializado o el burócrata, de acuerdo con su óptica personal, pueden imaginar que el turismo, en abstracto o como organización, comenzó a dar sus zancadas inaugurales no mucho antes que la actividad se institucionalizara alumbrando más tarde una ciencia particular comprometida a su estudio. Por otra parte, y por su lado, la primera y fundamental señalaría la misión encomendada al historiador; el estudio sistemático de la evolución en el tiempo de esa curiosa afición a recorrer países por gusto, con todas las irisaciones y fluctuaciones que matizan el capricho al analizarlo desde cerca.

Si se complica un asunto simple por naturaleza es porque el vocablo turismo —algo diferente al turismo— a manos de sus teorizadores, y al querer erigir a la suya en el centro de la actividad, el término queda convertido en uno polivalente perteneciente a la familia llamada por los filólogos franceses «datos sintéticos», por englobar y representar múltiples aspectos y puntos de vista concomitantes en torno a una misma noción. Síguese de aquí que la definición que defina a un término de plural significado, en lugar de unitaria, por fuerza habrá de ser bastante flexible y vertebrada. De cuantas conozco, se aproxima bastante a esta deseable cualidad la propuesta en 1955 por el profesor Arrillaga, quien sin pretensión alguna de haber dado en el clavo de una definición integral, enunció la suya de la siguiente manera:

- A) Todo desplazamiento temporal por causas ajenas al lucro.

B) El conjunto de bienes, servicios y organismos que posibilitan estos desplazamientos.

C) Las relaciones y hechos que entre estos dispositivos y los viajeros tienen lugar (14).

Configurados distributivamente con arreglo a esta división tripartita, que pudiera ser tan polipartita como fuese menester, y bajo un común denominador de *turismo*, diríanse claramente delimitados y practicables los ámbitos operatorios, tanto para el economista, el técnico, el sociólogo, el gobernante, el jurista, el legislador, y apurando las cosas, quien sabe si hasta para el recaudador de impuestos, dejando abierta la puerta para otras especialidades inéditas y por venir, que no dudemos vendrán. Libre y despejado asimismo el reservado al historiador, que a través de los tiempos historicie la práctica de esa vieja y noble afición a conocer «de visu» países ajenos, que en primer lugar menciona el Diccionario de la Real Academia; la misma definición, por cierto, que consciente de ser interpretada rectamente y a primera vista acostumbra figurar, sola y sin aditamento alguno, en muchos diccionarios impresos en importantes países emisores de turismo.

En consecuencia con los postulados enunciados, conste la exigencia de que para aspirar a la obtención de la categoría de entidad historiable, el turismo, espontáneo u organizado, habrá de hacer acto de presencia sometido a un tanto de periodicidad y sistematización, y para precisar conceptos algo desdibujados, me atrevería a proponer se le desposara con crematísticos criterios, subordinando su calificación a que se manifieste dotado de suficiente densidad numérica para suponerle irrogó ciertos beneficios económicos por donde pasó.

Sustancia y cantidad.

Rendir homenaje a lo cuantitativo lleva aparejada una obligación. Admitir que como todo hecho social, para obtener el turismo carta de naturaleza ha de ser practicado por una colectividad, requisito que como en cualquier otro fenómeno de su especie hace de las magnitudes, si no esencial, factor determinante en su estudio histórico. Pero hasta cierto punto. Sin exigirle nivelar balanzas de pagos en épocas en

(15) JOSÉ IGNACIO DE ARRILLAGA: *El turismo en la Economía Nacional*. (Editora Nacional, 1955).

que ignoramos si ciertos estados, bastante visitados por forasteros, llevaban decentemente su contabilidad.

Jamás olvidemos que la Historia opera con parámetros estimativos que por fuerza difieren de los econométricos. En las valoraciones históricas, tanto monta la escaramuza de Guadalete, como la gigantesca carnicería de Waterloo, y el paso de Julio César del modesto Rubicón, como el desembarco aliado en Normandía. Lo mismo que en la del Arte, otro hecho social, tanto monta la Gioconda como la Capilla Sixtina, y el templete de Bramante en el Gianículo romano, como Machu Pichu o El Escorial.

De igual modo ni más ni menos que parvedad en kilómetros cuadrados, o en demografía, en lo más mínimo despojan a Mónaco o al Uruguay del derecho a contar con una historia privativa en toda la extensión de la palabra, y hasta de una particular de su turismo. Entendidas las cosas en buena teoría y práctica historiográfica, la constancia del paso anual, en el medievo, de unas pocas centenas de viajeros curiosos y desocupados por Brujas, Colonia o Basilea, revisten significado histórico muy superior que la presencia de varios millares de turistas contemporáneos que acuden en un verano a Rímmini u Ostende, con el objeto primordial de bañarse en una playa adyacente a su hotel, totalmente insulados respecto a su entorno ambiental.

Menester es persuadirse de que en el mundo histórico lo sustantivo impera sobre lo cuantitativo y que para transitar con despiste mínimo por él impone una precaución; vacunarse contra el fetichismo de los grandes números y contra la demagogia de los descomunales guarismos. De lo contrario las cuentas históricas saldrán descabaladas sin remisión, como con lo insípido de sus frutos lo probó hasta la saciedad la «historia cuantitativa» francesa, nutrida por postulados marxistas.

Piénsese en lo que ocurriría al evaluar numéricamente, y con estimativas forzosamente imprecisas, como todas lo son, algo tan incuestionable como las visitas turísticas a Grecia y al norte de Egipto durante el Imperio Romano. Un importante episodio de la cultura quedaría borrado por una iniquidad. Al perpetrarla habríanse barajado cifras por su exigua cuantía imparangonables en el contexto del mundo de hoy con el número de viajeros que unos cuantos vuelos «*chartered*», en lanzadera, depositan en una sola temporada sobre un «*resort*» de renombre. Por otra parte, un paralelo cuya esterilidad radical se pone

de manifiesto, precisamente en el orden numérico en el que nos encontramos, reparando en lo impropio de establecer conclusiones comparativas sin tener en cuenta la ínfima demografía del mundo antiguo en relación con la actual, así como que hasta épocas preindustriales, la mayoría de la población europea era campesina, quiere decirse, integrante del sector social más refractario a segregar de su seno turismo de ninguna especie.

Sabido es que los estudios económicos predisponen a interpretar matemáticamente las cosas, raíz subjetiva, quizás, de la notoria obstinación con que la econometría turística se niega a otorgar atención al turismo hasta el instante en que por lo palpables sus efectos ejerzan consecuencias mensurables a escala macroeconómica o poco menos. Si tal es el fundamento de su antihistórica toma de posición sobre el particular, ¿no podría contrarrestarse en términos dialécticos un contrasentido oponiéndolo otro mayor? En teoría ¿qué impide negarle a la economía certificado de nacimiento hasta la aparición de los primeros economistas que científicamente estudiaron esta dimensión de la vida social?

De todas formas —y sálvese quien pueda y quiera— no deja de chocar que quienes desde no hace tanto disponen de historias de la economía y de las matemáticas a barullo, hayan de distinguirse más en el repudio de la incorporación del turismo a la familia de las jóvenes disciplinas dedicadas a historiar materias dotadas de historiales algunos más jóvenes que el del turismo. Contemplada postura tal desde el ángulo expuesto cuesta trabajo rechazar el recuerdo del enfurruñado mohín del niño que con un calendario incompleto, y malinterpretando el alcance de un neologismo, rehusa participar en una apasionante partida intelectual de no facilitársele previamente el juguete de unos numeritos estadísticos que en su día nadie se preocupó de confeccionar.

Claro está que no debiera ser así cuando historiar sociales aconteceres es lo que en definitiva se ventila. Malo en estos trances dejarse deslumbrar por numéricas megalofilias propensas a eclipsar la información escondida en la acumulación de lo diminuto. ¡Cuánto más discreto en semejantes coyunturas seguir la advertencia de San Agustín, cuando no ciertamente hablando de turistas, pero sí de historia, previno: «Non numerandi sunt, sed ponderandi»! Sensata admonición que recuerda la necesidad de someter los números y estimativas a perspec-

tivas relativas para que se dejen extraer su auténtico significado, histórico en este caso.

Precaución nada inoportuna en la mente del confeccionador de las «variables cuantificables» que informan el cabalismo matemático de la econometría actuando en funciones futurólogas al elaborar sus «previsiones» turísticas. En nada perjudicaría sus tareas meditar en la medida, no por inconmensurable menos efectiva, con que ciertos estímulos psíquicos colectivos, o tropismos, impelen y rigen los movimientos de la masa turística. Sanas dosis de prudente escepticismo moderarían la euforia de quien con este pensamiento en mente analizara de modo objetivo la validez práctica de la ingeniosa fórmula matemática del consumo turístico:

$$C = m Y + b$$

elaborada «ad hoc» por Gunther Menges.

¡Cómo se tambalea la milagrosa invariabilidad del factor b , independiente de las fluctuaciones del Y , representativo de la renta nacional, cuando en la fórmula se introduce un factor histórico no previsto en el esquema!. Verbi gratia: las salpicaduras petrolíferas provocadas por la colisión de dos áreas políticas, situadas a gran distancia de donde la fórmula se confeccionó.

La debilísima conexión de lo cuantitativo con lo histórico, referida al turismo limpiamente la resuelve Giuliana Mariotti en su «Storia» al escribir: «Il Turismo può essere considerato un fenomeno recente solo se ci limitiamo a studiarlo nelle forme e nello sviluppo in cui oggi si presenta», admirable criterio por lo sensato que en términos rigurosamente históricos repite un economista español al declarar: «El turismo no es un hecho nuevo; lo nuevo, lo reciente es su extensión, su carácter masivo» (16).

Etimología del turismo.

Con el fin de minimizar los cabos sueltos que pudieran entorpecer la progresión de este análisis, practicaremos una descubierta peri-

(16) FRANCISCO TORRES HUGUET: Prólogo a las *Aportaciones a la Historia del Turismo en España*, de MANUEL F. ALVAREZ.

férica y marginal en torno al término que denomina el hecho cuya historia está siendo aquí comentada.

Descartadas coincidencias lingüísticas, puramente fortuitas, como la del hebreo «tur» ya despachada, así como cualquiera otra posible analogía que en el futuro se aduzca con cualquier monosílabo que en algún lenguaje comience con la letra t y termine en r, que apostaría puede darse hasta en el quechua o el lapón, los lexicógrafos que sin tontear se han ocupado del vocablo turismo tienden a hundir sus semillas muy lejos en el tiempo. Tan remotas, algunos, que tenerlas en cuenta nos distanciaría excesivamente de lo que resumidas cuentas interesa de verdad.

Bajo el epígrafe un tanto inesperado de «Torno», el profesor Corominas, por ejemplo, asegura que turismo viene del «tornus» latino, y éste del griego «tornos», derivado del «terein», perforar, girando algún artefacto, punzante presumiblemente (17). Los filólogos anglosajones, por su parte, operan persuadidos de que la raíz del turismo yace en el post-verbal «tour», de morfología un tanto engañosa debido a su aire francés. En su acepción viajera los gérmenes del «tour» a la inglesa los incrustan estos expertos en el verbo arcaico «tor», un vocablo franco-normando que dicen anidó en el inglés, a partir de 1066, de resultas de la invasión de su isla por los normandos.

En realidad sapiencias todas tendentes a recluir la vitalidad de las cosas en la celda hermética de las palabras. Basta y sobra para lo que aquí atañe constatar que el «tour» turístico, valga la redundancia, apareció en el idioma de Inglaterra a mediados del siglo XVII, destinado a calificar determinada clase de viajes que entonces se hacían, de índole circular y con retorno al punto de partida. Inaplicable por de pronto a viajes religiosos, comerciales, oficiales o de descubrimiento.

En cambio el término «tourist», su derivado, cuenta con un historial más joven y sencillo. Surge muy a fines del siglo XVIII, también en el idioma de un pueblo visceralmente viajero como es el inglés. Cabe imaginar que la palabra no hubiera trascendido su marco lingüístico original de no haber campeado ostensiblemente en el título de una obra francesa del romántico, publicada en 1837, apasionante conjetura sostenida por diversos críticos literarios que se han ocupado de la cuestión.

(17) JUAN COROMINAS: *Diccionario Crítico-Etimológico*. (Madrid-Zurich, 1934).

Al titular Stendhal «Memorias de un turista» a un libro de viajes por Francia, la suerte del neologismo se consumó para bien al obtener pronta acogida entre leídos autores del románico que lo prohicieron. Nada más que cinco años después de su aparición francesa, un autor ginebrino, que había utilizado el término antes que Stendhal, establecía siete «espéces» distintas de «touristes» observando el pelaje e idiosincrasias de los que componían un grupo que descendía del Grimsel, uno de los más grandiosos pasos alpinos (18). A mediados de siglo, no poco refrendado y respetabilidad léxica, ganaría el término, cuando un pensador de rango, en una obra famosa, clasificó a los robustos aguistas del balneario de Bagnères-de-Bigorre en seis distintas «variétés» de «touristes», con el cáustico «sprit» que el autor gustó hacer gala a cuenta del prójimo (19).

La pobreza de ambas clasificaciones radica en que no se realizaron entre visitantes de Niza, Pompeya, Baden-Baden o París, que hubiera sido lo bueno, sino entre los opacos tartarines que vacacionaban en los Alpes y los Pirineos. De todas formas, cuando el turista es sujeto de clasificaciones, signo claro de que el término que genéricamente denominará su actividad está a punto de aparecer. En efecto; por aquellas decimonónicas fechas Francia se adelanta a bautizar con el vocablo «tourisme» la práctica del acto en sí, actuando una vez más el idioma francés como plataforma de lanzamiento de un término predestinado a universalizarse (20).

Implantado internacionalmente el término, sólo queda esperar a que remate su ciclo entero el concepto, incorporando a los lenguajes su obligado complemento, la «Turismología», otra cosa que —diríase que ahaque normal en la familia— actúa y prolifera desprovista de nombre propio. Es probable que su introducción erradicaría más de una confusión en la materia y vale sospechar que si tarda más de la cuenta en aparecer se debe a lo mal que palabras que en castellano

(18) RODOLPH TOPEFER: *Voyage á Venice* (1842).

(19) HYPOLITE TAINE: *Voyage au Pyrénées* (1858).

(20) Más que la historia, a la filología comparada compete dilucidar las razones por las que los ingleses se mostraron tan reacios a aceptarlo, mientras que los alemanes dieron la nota discordante aferrados a su «Fremdenverkehr». (De «Fremde», extranjero, y «Verkehr», tráfico.)

acaban en «ismo», en inglés y francés canjean su terminación por la desinencia «logía». Pero ya veremos cómo de una u otra manera todo se andará (21).

Dictaduras léxicas.

El temor a incurrir en desliz en el resbaladizo campo semántico que traslucen algunos tratadistas de nuestros días puede entorpecer la elaboración de un historia del turismo, justamente en la cuestión de orígenes del fenómeno. Sometido, como todo el mundo, a la humana servidumbre de tener que pensar y expresar lo que piensa por medio de palabras, que para eso están, en el investigador víctima de excesivos escrúpulos léxicos nocivas en alto grado las inhibiciones que puede causarle una insuficiencia verbal tardíamente subsanada en forma de neologismo.

Como tantas otras lingüísticas, deficiencia fácilmente superable en la práctica histórica parando mientes en lo mucho que la dinámica del mundo objetivo contrasta con la mucho más parsimoniosa marcha de las ideas que identifican sus efectos y el advenimiento tardío de los vocablos denominadores de los componentes del proceso.

Tan cierto como que nuevas cosas demandan nuevos nombres el que formulen idéntica exigencia las viejas descubiertas «a posteriori». Es lo que como término le sucedió al turismo que inició su andadura por las lenguas modernas en la segunda mitad del siglo XIX. Pero muy a la zaga de miríadas y miríadas de turistas, quienes mucho turismo tuvieron entre todos que practicar para que los idiomas más desarrollados tecnificaran su instrumental léxico a fin de disponer de una voz que bautizara a una actividad social que iba adquiriendo dimensiones inusitadas.

Precisa prevenir que esta subordinación de las palabras a los hechos discrepa enérgicamente de la noción prevalente que de modo implícito asegura que la aparición de turistas sobre la faz de la tierra, o en las páginas de los libros, coincide o precede en muy poco a la del vocablo que los identificó. Ilustra la invalidez de esta manera de entender la coyunda entre cosas y voces los complicados equilibrios se-

(21) Como anuncia el verde gallardete bilingüe desplegado a los vientos de la primacía por el título que campea en la portada de la revista universitaria *Turismologija-Tourismologie*, editada en Belgrado desde 1972.

mánticos en que se enzarza un analista que ausculta el fenómeno por sus jurídicas vertientes:

«Los movimientos de extranjeros de una parte a otra de la tierra —comienza reconociendo el autor aludido— son tan antiguos como la existencia del hombre mismo, al igual que los más inmediatos de los viajeros románticos de los siglos XVIII y XIX. Sin embargo, todo ello es algo distinto del fenómeno turístico de nuestros días en que individuos, familias, grupos más o menos numerosos de personas cruzan de lado a lado un continente y pasan por distintas fronteras. Ya no son «extranjeros» o «forasteros», son «turistas» (22).

Las inevitables dudas que ha de inspirar el mágico alcance diferenciador atribuido al adjetivo «turistas» intenta aclarar el propio autor esgrimiendo un curioso argumento:

«La expresión, no cabe duda, supone o encierra una intencionalidad, tiene en sí misma un fin, una actitud; que las personas que viajan lo hacen por un motivo recreativo, cultural de esparcimiento».

Lástima que tan sutil distinguo no sea posible respaldarlo con una demostración. Lo que por el contrario sobran son evidencias textuales demostrativas de que desde mediados del siglo XVIII para abajo, individuos, grupos más o menos numerosos de personas, familias con niños y criados inclusive, muchos hablando inglés, abandonaron su isla para cruzar de lado a lado el continente europeo, predominante de norte a sur, y viceversa, pasando por fronteras y aduanas más numerosas que las de hoy; grupos y familias, que sin dejar de ser «extranjeras» y «forasteras» por donde pasaron, se desplazaron —justa y precisamente— por motivos recreativos, culturales y de esparcimiento.

Por lo tanto, sustentar la noción de que el turismo, como hecho, se registra en el mundo por vez primera no mucho antes de la confección del vocablo que lo denomina, suena tan bizarro como aventurar la especie de que la aparición de los estafilococos acaece con posterioridad a la invención del microscopio, sin perjuicio de que lingüísticamente no tuvo más remedio que suceder en esta secuencia.

Equiparable también a mantener la premisa de que como ciencia y concepto la Sociología se fundamenta en base por lo joven tan endeble como el año 1851, fecha en que el término nació por obra y gracia de la pluma del pensador francés Auguste Comte, de la misma

(22) JOSÉ BONET CORREA: *La legislación turística comparada y su evolución actual*. (Instituto de Estudios Turísticos. Madrid, 1965.)

manera con que el término *Estética* (o «*Aesthetica*» para ser más exactos) surgió en 1752, y en un escrito del filólogo alemán Alexander Baumgarten. Hechos puramente lexicales, que, naturalmente, y con excelente acuerdo, en nada estorbó a sociólogos posteriores volver la vista atrás, «*sine irae et studio*», para estudiar la evolución de la Sociología en el tiempo, por lo menos desde Platón y Abenjaldún, si así les apeteció, y que en absoluto frenó el ímpetu de don Marcelino Menéndez Pelayo para historiar «*Las Ideas Estéticas en España*», desde Séneca y Quintiliano.

Por fortuna, únicamente vocabularia es la pena que lleva aparejada la confección tardía del término turismo. Castigo redimible con sólo tener presente que el «ismo» es uno de tantos cultismos que el uso consagra en los lenguajes ordinarios para denominar y enlazar en una nueva categoría conceptos previamente existentes, pero anónimos e inconexos.

Tal vez no esté de más recordar en esta ocasión y a mayor abundamiento que turismo es un neologismo, sin que en rigor lo sean las voces que surgen sincrónicamente ligadas a la aparición de nuevas realidades; como los petrodólares, el *overbooking* o el Bangla Desh. En cambio son neologismos en puridad nuevas denominaciones aplicadas a realidades previamente existentes, como el turismo.

De lo que se desprende que todo lo que requiere la manipulación histórica de los neologismos es sacudirse el infundado temor a emplearlos con efectos retroactivos y *en delá du mot*. Sencillo procedimiento para eliminar embarazosos dilemas al entrar en contacto con viejas cosas, distinguidas con nombres nuevos, sin incurrir en pecado de anacronía. Y también sin necesidad de padecer aquella tribulación, puramente ficticia, que al llegar con su historia a determinada ciudad de excelso significado turístico pretende experimentar su autor a causa de un presunto sentido reverencial por las palabras a expensas de las cosas. Un embarazo resuelto con sutil ironía al redactar el contrasentido siguiente:

«El turismo no existía aún; el nombre estaba por inventar...; pero Venecia, en el siglo XVIII, era ya un gran centro del turismo» (23).

(23) EDUARDO AUNÓS: *Historia de las ciudades*. Colección Austral. N. 275. (Madrid, 1942.)

Cuán sabio en semejantes coyunturas seguir el ejemplo que con su cautela secular estableció la iglesia en el II Concilio Vaticano al encararse con tan insoslayable ingrediente de la vida moderna. Salió del trance en su estilo tradicional acuñando en buen latín el neologismo *tourismus*, refrendado así el ecuménico carácter que lo que el vocablo significa adquirió en el momento de nacer.

* * *

A modo de aviso de mareantes por mares apenas explorados todavía, a continuación serán revisados a paso de carga unos cuantos «ismos» residuales y de menor cuantía, susceptibles de incrementar las dificultades propias a la elaboración de una Historia del Turismo.

El literaturismo.

Uno de los menos antipáticos defectos de que adolecen los escarceos históricos que por la periferia del turismo hasta la fecha contamos se deriva de estar confeccionados sobre presupuestos literarios por partida doble. No es por ello extraño que cada obra trascienda el marco histórico para quedar incursa como subespecie entre los géneros literarios existentes. Y no sólo por el ameno estilo reporteril en que suelen estar las obritas redactadas, que no tiene nada de defecto, sino por confeccionarlas a base exclusiva de testimonios literarios de gran lustre. No de turistas que escribieron mientras anduvieron, óptimo material en la ocasión, sino de textos de escritores en plan turístico, y cuanto más célebres mejor, fácil manera de prestigiar prosa propia con prójimos primores.

Procedimiento reprobable en menesteres históricos. Al proveerse de sustancia en nidos ajenos, y nutrir el texto con las impresiones que de sus andanzas respectivas urdieron sucesivas promociones de literatos de excepción, la tarea histórica se reduce a su mínima expresión, con el inconveniente de que las vivencias del turista, objeto inconspicuo de su historia, quedan suplantadas por las de una rutilante nómina de escritores en plan viajero.

A nada que se reflexione se descubre que se trata de dos actividades distintas, si no antitéticas, por responder a dos actitudes mentales ante el viaje claramente diferenciadas. Es bastante obvio lo raro de

que por mucho que viajaran fueran buenos turistas los buenos escritores. Así lo entendió Ortega y Gasset en 1930, al regreso de un viaje a la Argentina, cuando con la autoridad derivada de la práctica dictaminó: «La peor manera de ser viajero es pasar por una nación para escribir sobre ella. Esta premeditación nos impide absorber sus principales secretos.» (23).

Y derivar fruición del viaje. En efecto; y acentúa esta limitación la categoría de las plumas por serlo remisas frecuentemente a absorber la prosaica fisonomía de lo ordinario y vulgar. Gran verdad encierra el dicho «un homme de lettres —grand surtout— est plutôt pressée d'écrire ce qu'il a vu que de voir», observación que un gran especialista del género amplía al observar: «lire au lieu de regarder, c'est sans doute mal faire le métier de voyager» (25).

No es de buen turista desplazarse más preocupado por escribir lo que va a ver que de ver bien lo que luego escribirá o no escribirá, aunque sea al dorso de una postal. Patentiza de modo visual la oposición radical entre ambas formas de viajar evaluando a simple vista la poquísimas cantidad de turista «bona fide» que exuda ese inevitable extrovertido que, relamiéndose por anticipado de los latazos fotográficos que propinará a parientes y vecinos al regreso de la excursión, se la estropea concienzudamente cuando sin descanso para él y para los demás, zascandilea de allá para aquí, y de allí para acullá, atosigando con sus tomavistas, fotómetros, trípodes, filtros amarillos y demás parafernalia que el consumismo turístico puso a su disposición.

Cierto que de no disponer a mano de testimonios de viajeros de gran nombradía aun se sabría menos de lo que poco que se sabe acerca de determinadas fases pretéritas del turismo. Por lo que toda posible historia del fenómeno, incluso la de más científicas pretensiones, habrá de servirse por tiempo indeterminable de estas fuentes impresas, pero empleándolas con cautela y en tolerables dosis. El peligro aparece cuando para rellenar lagunas de conocimiento, y garantizar amenidad textual, el aspirante a historiador limita su tarea al mero engarce de informes suscritos por ilustres personalidades en movimiento. Posible en supuesto tal que su obra trascienda lindes turísticos y se le escape de las manos para, brincando sobre el tema, ingresar por la puerta trasera en el frondoso jardín de la literatura viajera.

(24) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *El Espectador* VII.

(25) STENDHAL: *Mémoires d'un touriste* (1838).

Son en sustancia las enumeradas máculas epidérmicas; subsana-
bles por tanto y sin mayor consecuencia por el desencanto del avisado
lector. Pero mientras arriben más idóneos textos —que llegarán— las
deficiencias aludidas privan a las que de momento y por omisión sir-
ven de única referencia ser en puridad historias del turismo, a despe-
cho de lo que sus títulos proclamen. Son intentos que en el mejor de
los casos se autorelegan a la categoría de abocetados escarceos lite-
rarios sobre un tema históricamente intacto, nacidos con la tara con-
génita de constreñirse a catalogar, con pretensiones históricas, el viaje
individual del viajero literato.

Los fallos del egocentrismo.

Los opúsculos, pues de ahí no pasan, con los que sobre el tema
contamos (relacionados al final de este escrito) acusan un astigmatismo
que deforma la visión de los presuntos historiadores, extensivo con
creces al mucho más frecuente caso de quienes abordan la cuestión de
modo fragmentario o tangencial. Es una especie de miopía localizada
en reducir el punto de mira al país del autor de turno, angosta pers-
pectiva que entre otros inconvenientes tiende a situar fuera del campo
de visión otras comarcas, aunque pertinentes a la cuestión, menos
adyacentes al Támesis, al Sena, a los Alpes, al Tíber y al Rin; como
la Península Ibérica, por ejemplo, puesta intencionalmente como sujeto
paciente de excesiva marginación.

Por tímidos y caseros sobre estos intentos pesa el mismo lastre
que en sus inicios frenó el resuello de la propia historia general. Pre-
visiblemente naufragan antes de llegar al punto de destino por encallar
en el escollo «nacionalista», síndrome de histórica inmadurez que se
manifiesta al tomar el historiador a su propio país como plexo solar
del mundo.

Considerables deformaciones ópticas distorsionan la panorámica ge-
neral del turismo cuando todo un sistema de interacciones se centran
en un solo punto y además periférico. La más frecuente es que quiebre
la unidad de visión al limitar el análisis a una sola de las dos caras
en que se desdobra la manifestación plenaria del fenómeno: la emisora
y la receptora.

De aquí que excelentes estudios históricos del turismo, realizados
por historiadores ingleses, pierdan excelencia al cercenar el mordiente

de su investigación al limitarla a lo que encaramados sobre documentación de primera mano pudieron ver mirando por encima del hombro de turistas británicos. Tres cuartos de lo mismo, pero en sentido inverso y con exiguo aparato documental sucede en la «Storia» de la signora Mariotti y en los «Propos» del signor Iacomo, que no por otear en dirección opuesta a la de los ingleses van más allá de ser en sustancia ensayos, más bien superficiales, sobre la ladera receptora del turismo italiano. Poco más o menos en la misma medida que las «Histoires» de Duchet y Boussel (todas ellas registradas al final de este escrito) por racionalizar un tema internacional por naturaleza, terminan por versar casi en exclusiva sobre las dos vertientes del turismo francés del pasado.

No constituyen excepción los tímidos pinitos históricos que acicalan la «Sociología del Turismo», de Knebel, servida en 1974 al estudio español a través de una traducción imperfecta que hasta desvirtúa el título de la obra. El sociólogo alemán, y con datos de segunda o tercera mano, se limita a sociologizar sobre el pasado del turismo germano, sin salirse del que geográfica y lingüísticamente le es adyacente.

La esterilidad cantonal.

Cuando no se trasciende ni se propone trascender el marco nacional, tampoco está de más distinguir entre las dos formas en que primordialmente labora la historiografía. La monografía, que en el caso del turismo no presenta dificultades de rango, en contraposición a los espinosos problemas que plantea una historia general del turismo, hoy por hoy de difícil resolución práctica.

Pero una Historia con mayúscula se asfixia encerrada en los compartimentos estancos que incumplen el imperativo de mantener una visión armónica del conjunto, suerte que se hace padecer al turismo al historiarlo, como se viene haciendo, recluyéndolo en nichos nacionales. La naturaleza internacional de la materia se opone a que una yuxtaposición de historias particulares alcance rangos de auténtica historia del fenómeno.

Los suizos, que desde el punto de vista receptor tal vez hayan historiado a su peculiar turismo con mayor obstinación que ningún otro país, aportan cumplido ejemplo de que no es el suyo el método mejor para rematar empresas de alto bordo. La comodidad de factura impide

superar los picachos familiares que recortan la visión. Por ceñirse a la fácil forma cantonal, si siquiera evaluados en su conjunto estos trabajos monográficos, estimables por lo concienzudos en sus propios méritos, proporcionan base de suficiente amplitud para hablar con propiedad de una historia del turismo suizo aún por escribir (26).

El ensamblar historias particulares del turismo de cada país se reduce en lo poco lejos que tales atajos llevan. Tomen nota los econométras de que, en contraposición a lo que en matemáticas sucede, la validez de un conjunto histórico siempre estriba en que el total ha de ser superior a la suma de sus partes.

Pudiera ser procedimiento adecuado para la obtención de un resultado satisfactorio planificar un estudio histórico del turismo que lo abarque en toda su integridad espacial y temporal dividiendo la tarea entre diversos equipos investigadores que, al unísono y sin rupturas geográficas, lo historiaran en sus diversos estadios cronológicos, vinculando luego las aportaciones respectivas no por mera adición, sino de modo solidario, interdependiente y relacional; como propugna la historiografía estructuralista.

El «economismo».

Que tan poderoso caballero como Quevedo afirmó debe de ser en verdad don Dinero, es teoría cumplidamente corroborada en el terreno de los hechos al ser economistas los primeros en preocuparse de dotar de categoría científica al turismo, a su estudio se quiere decir, para mantener indemne la deseable claridad en las cosas. Maridaje normal hasta cierto punto atendida la jugosa sustancia económica que segrega el fenómeno en su realidad, que para todos llega. Pero, malo si del dar primero se pretenden dimanar primacías doctrinales, peor aún si excluyentes y superlativamente pernicioso si obstaculizan intentos

(26) Si el ámbito cantonal se reduce al local, salta a la vista la poca ayuda que por lo angosto de su horizonte prestan la avalancha de trivialidades que se publican sobre el turismo de ayer, instrumentadas en los del pasado de una localidad o comarca, laborando en el campo sensiblero y facilón de la efemérides y de la reminiscencia. La técnica confeccionadora de estos trabajos es bien conocida. Se limita a enlazar en torno a un lugar concreto una guirnalda de frases encomiásticas extraídas de antañones relatos viajeros extraídos de textos de cómoda consulta. Entretenimiento perfectamente lícito siempre que no se redacte y publique con aires de un Molsen o de un César Cantú.

de asentar en profundidad temporal estudios que examinen al turismo desde ángulos hasta la fecha inéditos.

De contar el reproche con fundamento contaría atenuantes en la frecuencia con que en ámbitos historiográficos se han registrado tendencias monopolísticas. Singulares paralelismos a escala menor presenta el «economismo» que hoy por hoy preside los estudios sobre el turismo, con aquel «ismo» que desbordando su propio terreno invadió el de otras ciencias sociales, como el derecho, y lo que son las cosas, también el de la economía. Lo inició en función de contraataque aquel «historicismo» positivista del XIX que como posible reacción a la intrusión de la filosofía en la Historia, llevado a cabo por Hegel y sus secuaces, se dedicó al cultivo del hecho concreto, postulando una Historia sin teoría.

Alguien con autoridad para hacerlo diagnosticó certero la etiología de los efusivos excesos de un saber determinado. «Toda ciencia, sobre todo si joven, propende a explicar por sí sola todas las cosas», dice frunciendo el ceño Fernand Braudel ante el «economismo» histórico, cuya presencia detecta en lo que llama «imperialismo unilateral», de las nuevas ciencias sociales, plasmado en cierto engreimiento basado en la noción de debérselo todo a ellas mismas.

Todos los saberes son interdependientes y mucho más los históricos. La esterilidad de los robinsonismos científicos bien los puso de relieve a costa suya la manera en que a principios del XIX feneció el «historicismo» a ultranza, víctima de la indigestión que le produjo su pantagruélica recopilación de datos sin articular ni interpretar, sepultado bajo un cúmulo de monografías obsesas en aclarar microscópicas áreas del pasado. Destino quizá parecido al que cabe vaticinar a los trabajos que centrados en las fluctuaciones del dato estadístico se encaran de manera global con el turismo.

La misma regla de tres que desaconseja reducir los destinos de un pueblo al proceso económico, reprueba el constreñir la representación del turismo a su expresión numérica y mercantil. «La economía influye en todo, claro está. Pero también es verdad la viceversa. En la economía influye todo» (27), advertía Ortega celebrando la manera con que Max Weber volvía del revés las teorías de Marx para expo-

(27) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *Sobre la muerte de Roma* (1926).

ner convincentemente las causas psicológicas del derrumbe económico y social del Imperio omano.

Todo estudio del turismo en latitud y profundidad, como el de todo hecho social que se manifieste en el tiempo, exige vincular el fenómeno con las coordenadas históricas que enmarcan todo hecho socio-económico. En principio nada se opone a centrarlo exclusivamente en el factor económico, si no es otra en aspiración. Pero a sabiendas de que supondrá circunscribir la cuestión a uno sólo de sus aspectos, por importante que a veces sea.

Imposibilidad actual de una Historia del Turismo.

Teniendo en cuenta que una nueva disciplina histórica, incluso con el rango de rama auxiliar, no se deja improvisar así como así, y de la noche a la mañana, se comprenderá que ni por asomo suponga aprobación o censura consignar un sucedido hasta cierto punto previsible. Lo mucho que su exangüe contenido dista de responder a lo prometido en los títulos de «Historia del Turismo» o similares que ostentan el puñadito de ensayos bajo rúbrica tal hasta la fecha publicados. El esfuerzo desarrollado en su confección, no demasiado, dicha sea la verdad, podrá adolecer de prematuro, pero en absoluto de intempestivo o estéril.

El precario estado en que la materia se encuentra legítima inferir que siempre dejará algo aprovechable cualquier tarea indagadora que abarque al turismo en toda su histórica dimensión. Es la cualidad que adorna el escueto ramillete de intentonas realizadas utilizadas como punto de referencia. Sin perjuicio de útiles funciones derivadas de su literaria amenidad, producto del atractivo inherente al tema, es probable que de modo involuntario estas obras desempeñen otra función menos transitoria y superficial. La de exponente del largo camino a recorrer para llegar al punto de sazón en que con mínima propiedad, y como de algo existente, pueda hablarse de una Historia del Turismo.

El mismo parabién merecen la aparición en el paisaje yermo y desarbolado de la literatura específica sobre las vertientes humanísticas del turismo, de investigaciones históricas del fenómeno, aunque se constriñan a temas monográficos. De momento resultan beneméritas. Aunque no sea más que en función de antídoto que compense en el

campo de la letra impresa, la impetuosa irrupción en los estudios turísticos de los economistas teóricos, embalados hacia adelante y con excesivo denuedo «a la recherche du temps perdu».

Nada grato concluir estos comentarios con una nota pesimista al predecir la deficiencia congénita que sufrirán otros escarceos históricos, de análoga urdimbre, que hasta fechas no fáciles de precisar seguirán viendo la luz del día. Su insuficiencia radicará, a mi ver, en un obstáculo que requiere tiempo superar. A mi juicio estimo inviable la posibilidad de poderse confeccionar en el presente, de un tirón, y «sicut tabula rasa», una Historia del Turismo digna del calificativo, principalmente por ser menester partir poco menos que de la nada.

Calendario itinerario para una futura Historia del Turismo.

Aporta nota optimista con vistas al porvenir que esta historia no-nata no tendrá la necesidad de fabricarse instrumental propio por serle suficiente el usual en todo tipo de tarea histórica. No podrá, en cambio, soslayar el tener que procurarse por sus propios medios la materia prima de trabajo, lo que entraña atenta prolongada labor prospectora, de ser posible en equipos que investiguen concertadamente en diversos países, con vista a fin común.

Esta tarea debería dividirse en tres fases. Primero los hechos, la hora de los eruditos. El acopio documental, el acarreo de materiales, más depurados cada vez y de superior calidad, situándolos a pie de obra de futuros constructores que vendrán después. Porque «documentos y datos son imprescindibles para la Historia, pero no son Historia», advierte Maravall apoyando su criterio en los del P. Flórez y H. Carr. Pero indispensables para confeccionar la primera promoción de historias fácticas, de las que posiblemente pueda decirse lo que el gran historiador Meinecke dijo de pasada de la obra histórica de Taine; que con sus grandiosos errores hizo más por la ciencia histórica que muchos otros con sus pequeñas verdades. De todas formas, trampolín para más audaces saltos que en altitud de miras y resultados las superarán.

Es una especie de carrera de relevos que bien mirado ya se corrió a partir del chismorreo babieca y errático de Heródoto, base para la ceñuda perspicacia de un Tucídides (que dijo haber escrito su «Esto-

ria» para sacar del caos de los hechos lo que siempre permanece), cimiento a su vez para la lúcida visión histórica, quasi moderna, de un Polybio. Vendrá luego la fase definida por Taine, con el dicho: «Après la collection des faits, la recherche des causes».

Fase ingrata esta de transición en la que el historiador, relevando al erudito, deberá curarse en salud contra perfeccionismos y renunciar de antemano al logro de una objetividad por tantas razones todavía inalcanzables. El tratamiento a que someta el conjunto de datos y documentos a su disposición nunca podrá librarse del peso de ciertas hipótesis preconcebidas que dirigirán el rumbo de su investigación.

Y, luego, sí. Después de una interpretación articulada de los grandes hechos, habrá llegado el momento de las grandes teorías; el esbozo de los grandes conjuntos estructurales, sustancia de la moderna historiografía, que, acertados o no, constituyen el síntoma más expresivo de que una rama histórica ha alcanzado su autonomía y fase de madurez.

Y aquí finalmente, concluyen los discursivos prolegómenos en torno a un saber, que como la bella durmiente del cuento, aguarda la llegada de quienes al toque de su desinteresado interés la despierten del sopor numérico en que yace postrada, amnésica de un pasado brillante y esclarecedor.

La lógica de las cosas, que tarde o temprano tienen que suceder, anuncia la aproximación del día en que roto el sortilegio del olvido, innecesarias serán disquisiciones como las aquí hilvanadas al hilo de un deseo. Predice la razón que para comparecer una Historia con tanta insistencia preconizada, no le será preciso superar antes una enojosa carrera de obstáculos y reparos. Vaticina su arribada el propio progreso de los Estudios Turísticos. Su progresión en pos de metas más ambiciosas cada vez, advierte no puede demorarse mucho el momento en que esta Historia pueda desplegar su rico cargamento de noticias y lecciones, sin tener previamente que justificar lo mucho que tiene que enseñar al interesado en conocer el proceso seguido por la más noble dimensión del vetusto y polifacético menester del viaje.

Como sucede en toda obra enriquecida por un argumento de calidad, nada mermará el interés inherente a esta Historia conocer de antemano lo que nos ha de referir. Será el relato apasionante de la

gran aventura anónima y colectiva de la sensibilidad y el intelecto humanos, llevado a cabo por sucesivas oleadas viajeras. Una crónica que a la luz del conocimiento actual extraerá las resonancias insospechadas que en profundas latitudes de la vida social de ayer produjo la curiosidad fecunda e inagotable del turista.

SINOPSIS BIBLIOGRAFICA

- EDOUARD CHARTON: *Voyageurs anciens et modernes*. (París, 1854).
- LUDWIG FRIEDLANDER: *Los viajes de los turistas*. 106 páginas. Tomo I de los «Darstellungen der Sittengeschichte Roms in der Zeit von August bis Ausgang der Antonine». (Leipzig, 1862-70.)
- E. S. BATES: *Touring in 1600*. (Boston & New York, 1912.)
- PAUL VALLAT: *Le Tourisme d'autrefois*. (Grenoble, 1928.)
- WALTER HUNZIKER: *Der Schweizerische Fremdenverkehr*. (Berna, 1939.)
- DR. EMMANUEL FAILLETAZ: *Histoire abrégée du Tourisme*. 24 páginas, con ilustraciones. (Revue «Economie». Laussane, 1948.)
- RENÉ DUCHET: *Le Tourisme à travers les ages*. 132 páginas. (París, 1949.)
- MANUEL FERNÁNDEZ ALVAREZ: *Aportaciones a la Historia del Turismo en España*. Desde el Renacimiento al Romanticismo. (Ministerio de Información y Turismo. Madrid, 1956.)
- GIULIANA MARIOTTI: *Storia del Turismo*. 230 páginas. (Roma, 1958.)
- J. G. BRIDGES: *A short History of Tourism*. 15 páginas. (Travel and Tourism Encyclopaedia. Londres, 1959.)
- PATRICE BOUSSEL: *Histoire des vacances*. (París, 1965.)
- GILBERT SIGAUX: *Histoire du Tourisme*. (Ginebra, 1965.)
- PATRICE BOUSSEL: *Trente Siècles de Voyages*. 18 páginas, con ilustraciones. (Miroir de l'Histoire. Agosto, 1966.)
- A. Q. IACOMO: *Propos Historiques sur le Tourisme*. 42 páginas. (Centre d'Etudes du Tourisme. Université d'Aix-en-Provence, 1971.)
- LUIS FERNÁNDEZ FÜSTER: *Pequeña Historia del Turismo*. 127 páginas, con ilustraciones. Capítulo XXVI de «Teoría y Práctica del Turismo, 3.ª Ed. (Madrid, 1974.)

EL «GRAND TOUR»

- W. E. MEAD: *The Grand Tour in the Eighteenth Century*. (Londres, 1914.)
- R. S. LAMBERT: *Grand Tour. A Journey in the tracks of the Aristocracy*. (Londres, 1935.)
- GEOFFREY TREASE: *The Grand Tour*. (Londres, 1967.)
- Varios autores: *The Age of the Grand Tour*. (New York, 1967.)
- CHRISTOPHER HIBBERT: *The Grand Tour*. (Londres, 1969.)

RESUME

LUIS LAVAUR: *Le tourisme, thème historique.*

L'ouvrage «Le tourisme, thème historique» constitue le développement positif des prémisses établies dans l'essai «Vers une Histoire du Tourisme», publié dans le précédent numéro de cette revue. L'auteur énumère les difficultés qui, selon lui, embarrassent aujourd'hui l'élaboration d'une Histoire du Tourisme comme discipline autonome insérée dans le cadre général des savoirs historiques modernes, spécialisés chaque fois davantage, et distingue comme principal obstacle la difficulté de différencier le voyageur sans qualification du pur touriste.

Il souligne la primauté qui, dans de besoins historiographiques, mérite le substantif sur le quantitatif, conférence spéciale du fait que le numéro, rudement exigü, des êtres qui dans un passé relativement distant purent pratiquer le tourisme, n'est pas une circonstance qui, au phénomène, comme à quelqu'un d'autre fait social, le prive du droit à être historisé depuis ses origines.

L'exposition méthodologique se centre dans la configuration des coordonnées temporaires et spéciales qui encadrent le contour historique du tourisme.

L'auteur précise ses commencements dans l'Empire Romain et propose dans l'ordre territorial la thèse que, pendant des siècles, le tourisme fut une activité typique et exclusive de la civilisation occidentale, obligée à se manifester, pendant beaucoup de temps, dans une parcelle limitée du continent européen.

SUMMARY

LUIS LAVAUR: *Tourism, a historical subject.*

The essay begins stating the main difficulties hindering nowadays the draft of General History of Tourism, being one of the most resilient the task to differentiate between tourists and unqualified travellers.

Emphasizes the superior historical importance of substance upon numbers, in order not to write off as inconsequential tourists' currents of the past numerically negligible by modern standards. Tries to pattern a Geography of Tourism in former times, on the bases that tourism is originally an event typical and exclusive of Western Civilization, that took place in certain parts of the European Continent. Its starting point is fixed in the political and cultural «milieu» of the Roman Empire, developing itself, against unfavorable conditions, in a laborious process, until de second half of the XIX Century, when commences its expansion at a universal scale. The author ends up expressing his feelings that only through a long period of research and trials, carried out by historians working associated in different countries, shall be feasible to produce a full and significant History of Tourism as a new historical branch.

ZUSAMMENFASSUNG

LUIS LAVAUR: *Der Fremdenverkehr, ein historisches Thema.*

Die Arbeit «Der Fremdenverkehr, ein historisches Thema» ist die zutreffende Fortsetzung der in der Studie «Auf dem Weg zu einer Geschichte des Fremdenverkehrs» aufgezeichneten Richtlinien, die wir in unserer vorhergehenden Ausgabe veröffentlicht haben.

Der Autor erwähnt die Schwierigkeiten, die seiner Meinung nach heutzutage die Ausarbeitung einer Geschichte des Fremdenverkehrs als eigenständige Disziplin im Rahmen eines Allgemeinbildes der modernen Geschichtserkenntnis erschweren, die sich von Tag zu Tag spezialisieren und unterscheidet als wichtigste Voraussetzung die Schwierigkeit, den Reisenden zu analysieren, ohne diesen als reinen Touristen zu bezeichnen. Er unterstreicht die Vorzugsstellung, die auf historiographischem Gebiet das Substantive vor dem Quantitative genießt und weist darauf hin, dass die zwangsläufig begrenzte Zahl der Personen, die in weit zurückliegender Vergangenheit reisen konnten, nicht damit in Zusammenhang steht, dass dieser Umstand, wie dies in allen gesellschaftlichen Tatsachen der Fall ist, dem Thema das Recht abspricht, in seinen Anfängen untersucht zu werden. Die methodologische Darlegung konzentriert sich auf die Wiedergabe temporärer und besonderer Koordinaten, die den historischen Rahmen des Fremdenverkehrs bestimmen. Der Autor geht bis auf das Römische Reich zurück und schlägt auf territorialer Ebene die These vor, dass seit Jahrhunderten der Tourismus ein exklusives Vorrecht der westlichen Zivilisation war, die gezwungen war, sich lange Zeit auf begrenzten Parallele innerhalb des europäischen Kontinents zu bewegen.